

di Massimo

Poesía



CON UN SUPPLEMENTO POLEMICO

CeDInCI

1 y 2

ALBERTO HIDALGO - FERNANDEZ MORENO - PIERRE REVERDY - E. DE HIDALGO - L. ZIA - NORAH LANGE - J. TORRENDELL - MANUEL BANDEIRA - NICOLAS OLIVARI - SCALABRINI ORTIZ - MACEDONIO FERNANDEZ - R. GONZALEZ TURON - ROJAZ - CANAL FEIJOO - PEDRO J. VIGNALE - PETIT DE MURAT
XILOGRAFÍAS DE PÓMPEYO AUDIVERT

3

A. MARASSO - J. L. BORGES - KELLER SARMIENTO - O. V. DE LUBICZ MILOSZ - L. Z. D. GALTIER - GONZALEZ LANUZA - C. MASTRONARDI - T. S. ELIOT - JULIO YRAZUSTA - CORDOVA ITURBURU - AMADO VILLAR - F. E. GUTIERREZ - L. ZIA - J. C. JOUNG - RAIMUNDO LIDA - DRUMMOND DE ANDRADE
XILOGRAFÍAS DE VICTOR DELHEZ

4 y 5

ENRIQUE DIEZ-CANEDO - PAUL VALERY - PABLO NERUDA - L. ZIA - ENRIQUE AMORIN - ROSAMEL DEL VALLE - J. JIMENEZ - ADRIANO TILGHER - FERNANDEZ MORENO - GIUSEPPE UNGARETTI - A. M. DELFINO - GONZALEZ CARBALHO - P. L. IPUICHE
XILOGRAFÍAS DE PLANAS CASAS

ADVERTENCIAS:

• Para el año entrante "Poesía" desarrollará ampliamente su programa editorial. Poco a poco se organizarán las agencias de información en el exterior: América, Europa, Asia. (El correo es lento, la impaciencia veloz, los poetas olvidadizos). Una serie de cuadernos argentinos presentará lo mejor de cada poeta contemporáneo. Otra serie de cuadernos extranjeros revelará al público de nuestro país poetas de otras lenguas vertidos por escritores de aquí. (En esta serie irán incluidos también poetas criollos de América). Una tercer serie crítica reunirá los mejores trabajos que sobre poesía, crítica o historia poética se publiquen en nuestro país y en el extranjero.

• Junto a esta labor de creación, "Poesía" continuará con sus encuestas revisionistas. Es necesario aclarar el medio literario para llegar a nuestro conocimiento. Vivimos rodeados de muchos espantajos y de algunos valores serios, definitivos, en lo relativo de nuestra definición. Precisar sus valores es adquirir noción de nuestro destino. La encuesta que este número incluye es un primer ensayo. Si hay errores, si demasiada vehemencia cubre, a veces, el verdadero argumento crítico, culga ella por los excesos en que han incurrido los panegiristas de Enrique Larreta durante veinticinco años.

PRECIO DE ESTE NUMERO: 0,40 Ctsv.

Subscripciones y Publicidad:

JOSEFINA BERRONDO ARGÜELLES

Seaver 1656 (5.º II)

U. T. 41-5881

Buenos Aires

AÑO I - Núm. 6 y 7 - ENTR. 4

Revista Internacional de Poesía
Oct. - Noviembre
de 1933 • Aparece
mensualmente



Direct. y Admin.
Seaver 1656 (5.º II)
U. Telef. 41-5881
• Buenos Aires •
(Rep. Argentina)

Director: PEDRO JUAN VIGNALE

EN ESTE NUMERO COLABORAN:

ALFONSINA STORNI - KLABUND - JAMES JOYCE - ARTURO MARASSO - PETIT DE MURAT - JUAN FUSCALDO - PABLO NERUDA - FEDERICO GARCIA LORCA - NORAH LANGE - ALFREDO CAHN - HERMAN WILDENVEY - JUAN L. ORTIZ - CARLOS MASTRONARDI - AMADO VILLAR - ORTIZ BEHETY - GONZALEZ TRILLO - J. M. SOUVIRON - GENARO ESTRADA - A. ROLLAND DE RENEVILLE
XILOGRAFÍAS DE LUIS REBUFFO

NOTA SOBRE F. GARCIA LORCA

¿Una presentación, una semblanza?.. Bueno: puesto que es la costumbre. Aunque en vez de ese levitón de mala sombra, propio de las definiciones críticas y de las solemnes "ubicaciones", mejor le sentaría a García Lorca, a mí y a vosotros, lectores, este poquito de luz caliente y de noche mojada, que parece ahora, en los límites del amanecer, un profundo rasguear de guitarras. Os daré entonces si queréis, como transitoria correspondencia, el bordoneo de tres o cuatro palabras medio turbias y medio trémulas, mientras García Lorca se compone la garganta, mientras Federico rompe a

cantar, páginas más adelante, "con toda la voz que tiene". ¡Y luego, cuando la mañana y la copla salten redondas al aire, colgadme pronto, vestido de espantapájaros, en cualquier farol del alumbrado público!

CUANDO PENAN LOS ANDALICES. — *¡Habrá que decir que Federico García Lorca posee título de abogado y nació hace 34 años, en Fuente Vaqueros (Granada)? Muy bien; ya queda dicho. Poeta en cuerpo y alma, alma desesperada contra las rejas de su cárcel, Federico es músico; Federico es pintor, actor, conferencista, gitano adoptivo... Y todo con genio. Se sale de sí mismo, rebasa los cántaros, para reflejar en una sola imagen —españolísimo y bullente azogue— los símbolos del universo y las mil caras escondidas en una rosa. ¡Ya está! Ya casi se vislumbra, entre la frase que falta y la frase que me sobra, el magnífico espectáculo del hombre y del artista, conscientes de su drama personal, dentro del insoluble dramatismo de la poesía. "Impresiones y paisajes" (1918), "Libro de poemas" (1921), "Canciones" (1927), "Romancero gitano" (1928), "Poema del cante jondo" (1931), "Mariana Pineda" (1928), "La zapatera prodigiosa" (1931), "Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín y Títeres de cachiporra" (1931), "Bodas de sangre" (1932), son además, hasta sus recientes interpretaciones de Nueva York, el sostenido trémolo o el patético grito del querer y no querer implícitos en nuestra raza. Y eso, —¡ay sí, ay nó!— es lo que brilla a puro perfil, descarnada saeta, cuando se ponen a penar los poetas andaluces.*

EL FONDO DEL VASO. — Andalucía, la Andalucía medular —sol y sol, luna vivaz—, crea el acento lírico de España, y es, substancialmente, el mejor poeta del mundo. Fenicios, griegos, cartagineses, romanos, moros, judíos, tribus gitanas, apuraron allí su corazón y su copa de vino. Esa mezcla de heces que ha quedado en el fondo del vaso del sur ibérico, donde tantos y tan ricos licores se trasegaron, enloquece hoy, hasta el delirio, a los andaluces con sed. La "verónica" torera y el "jipío" del "cante", con los poemas de García Lorca al frente, se lanzan después sin miedo ni esfuerzo, ágiles de pecho y de cintura, a ver qué pasa detrás de la muerte. —¿Qué pasa Federico, detrás de la muerte y detrás de los cuchillos y de la luna — luna?

Las fervientes preguntas sin respuesta posible, constituyen el inicial impulso común del arte (poesía particular) y de la religión

(poesía colectiva). Reside la magia en mostrar que se contesta, cuando lo único que verdaderamente se hace es estar preguntando.

PASION Y SENTENCIA. — *Inclinación al misterio, don de la sorpresa, frenesi de los movimientos. Tales son los puntos de contacto de lo poético de los gitanos con lo poético de Lorca. ¡Ahl Y la soledad. Soledad de insomnio, con claridades sobresaltadas; soledad perseguida.*

Aseguro que el echar la buenaventura equivale, por lo tanto, a un estado de inspiración, y el garrotín a una tragedia bailada: *sentencia y pasión...*

Ejemplo de pasión:

*"¡Ay, que trabajo me cuesta
quererte como te quiero!
Por tu amor me duele el aire,
el corazón
y el sombrero".*

(Fragmento de "Es Verdad").

Ejemplo de sentencia:

*"No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido".*

(Fragmento de "La casada infiel").

¡Pasión y sentencia! componen entonces, como del cantar dijo Machado, la originalidad poética de Federico García Lorca? No; no, señores. García Lorca es otra cosa. ¡Siempre otra cosa!

LO VALIENTE. — Dejemos por un minuto el contagio, el injerto de lo gitano, para ver de raíz la cepa que le trae savia a este poeta. Advertiréis enseguida, amigos, a toda España, pura guerra de fronteras... Su Historia, el romance. Su actitud filosófica, el libre examen.

Nada se sabe nunca de nada, ¡Hay que saberlo! Hay que saberlo olvidando lo sabido y plantándose, interrogativamente, frente a las cosas. Enfrentarse con ellas. Aplauso y desafío, desafío y aplauso... O sea: un "aturujo" del norte y un "¡y olé!" del mediodía.

¡Y qué valiente así, al noble modo popular, resultas tú, Federico García! No con la defendida lentitud de los picadores, sino con la delgada, con la rápida intrepidez de los diestros en la suerte final.

Juzgo que es el mencionado estilo, —gracia, "ángel",— lo que García Lorca le impuso, como sal de bautizo, a las viejas canciones españolas y a un dilatado sector de la poesía castellana actual. Pero él, gimnasta de los cuatro vientos, se está bañando ya, gran zambullidor, en más altas e impalpables atmósferas. ¡Ay, cómo lo siguen con los ojos, desde sus blancos miradores, Granada la bella y Córdoba amante!

BRINDIS. — Tenías lo añejo y tenías lo mosto, Federico. Lo seco y lo dulce. Es decir, lo clásico de abajo y lo clásico de arriba. Pero en el medio está, moviéndose, lo romántico. Es el gusto agri-dulce de los zumos en fermentación: un tango de Buenos Aires... Apúralo con nosotros, hermano.

AMADO VILLAR.



RETORNO ALTERNATIVO

Retorno alternativo de Escorpión y la Hidra;
busca etéreo amparo nuestra mente desnuda;
roto el antiguo encanto de engañosa clepsidra,
Júpiter, desde Géminis nos ama y nos escuda.

Fulgor y nebulosas que la conciencia mide,
de invisibles riberas resplandeciente onda;
aquí y en ulteriores mundos el ser reside,
y en el dulzor bucólico el ser en ser se ahonda.

Vivientes apariencias, impenetrable escorzo,
—ya no es Ulises, cruza las columnas Milciades—,
y en la colina, estático, junto al laurel, el corzo,
con alma oscura mira la fuga de las Híades.

Región ayer distante y hoy luz restituida,
no hay aridez que ciegue y el claro impulso tuerza;
en la quietud creciente de la voz entendida
hacia el ansiado encuentro la esperanza se esfuerza.

Acerca, en el olvido, la matinal frescura
de las nacientes aguas, ¿qué mano inesperada?
En ignorados límites fluyes, esencia pura,
eternidad de lumbre de esta hora empezada.

Arturo Marasso.



SONETO

Haz de tus pies al fin la raíz fuerte
que pára el paso; de tu lengua nudo;
de tus dos ojos lápida y escudo;
migaja el cuerpo, que alzaré la muerte.

Prensa tu boca sobre el labio triste
que pozos tiene de plumones blandos;
quitale el filo a los porqués y cuándo
y entrega, romo, cuanto aquí trajiste:

Romo tu verso, suéltalo, menguada;
tu amor romado entrégalo, romada;
y pára aquél tu dar que era mendigo.

Que todo a medias se te dió en la vida
menos este dormir que te convida:
ronca y el Padre roncará contigo.

Alfonsina Storni.



PRIMER SUPLEMENTO POLEMICO

REVISION DE LARRETA

En los últimos días de este mes de noviembre se conmemorará el XXV aniversario de la publicación de "La Gloria de Don Ramiro". Una comisión de vecinos de Buenos Aires preparó para tal ocasión un homenaje espontáneo a don Enrique Larreta, homenaje que por sus proyecciones promete ser algo así como una consagración nacional del escritor prócer. "Poesía" cuenta entre sus propósitos editoriales el de iniciar la revisión de los valores literarios de nuestro país con una serie de encuestas promovidas entre los escritores de la llamada "nueva generación", militantes en los diversos grupos y subgeneraciones que les congregan. No se trata, como pudo suponerse, de una actividad deliberada-

mente negativa; nada de eso. Jamás ha sido la literatura entre nosotros una función comprendida con tanta trascendencia como lo es hoy. Los escritores nuevos poseen aquel sentido de la responsabilidad intelectual que no los hará fecundos, pero sí estimables y dignos. A esta primer pregunta acerca del juicio que merece la obra de don Enrique Larreta no han respondido todos: unos —los menos— por comodidad, esto es, por política, desistieron; otros por carecer de opinión al respecto. Algunos quedaron por interrogar: para estos la revista reserva sus páginas del número próximo, en donde podrán expedirse.

LA DIRECCIÓN.

CARLOS MASTRONARDI.

No sé si quien venga a sopesar la gloria o el mérito de Larreta. Mi palabra no es apta para el júbilo salúe, pero tampoco lo es para el responso debidamente sollozado. Prefiero decir que el Larreta anacrónico y mal fechado es el mejor, y que "La Gloria de Don Ramiro" no carece de atracciones artísticas. Pienso que las restantes obras de don Enrique son perfectamente invaluables y que nada agregan a la producción literaria del siglo XVI.

El trabajo de reconstrucción a que se aplicó en ese libro no hubiera sido desdichado por el subtitulado cartaginés Gustavo Flaubert. Claro está que toda lejanía temporal implica una facilidad literaria, pero, en la presentación de vastos ambientes, dicha ventaja queda contrapesada por numerosas dificultades. En "La Gloria de Don Ramiro" hay un buen intento de antigüedad y preterición, hay — con respecto a nuestro medio literario — una voluntad de excepción temática y de innovación estilística. Relativismos aparte, es indudable que dicho libro carece de situaciones singulares, y que su castellano de trote corto nos ofrece un ambiente, y nada más. No es un alegato llorosamente favorable a la "grande Époque morisca", ni es un desfallecimiento racial concretado en un personaje. Mas bien se parece a

una novela. "La Gloria de Don Ramiro" es también la gloria de Larreta y vale un merecido homenaje.

"Zogóbi", libro ya lamentado por los mejores públicos, me parece una inferioridad y una frustración. El autor, escapado de su siglo, de su ambiente, ha caído en manías y neomas simbologías. Ninguna agudeza de observación en dicha novela. Lo extranjero y lo criollo, el ayer y el mañana, son dolencias literarias que esconden los caracteres y que desmejoran a "Zogóbi" y a sus lectores. Exóticos a su manera, Larreta ha dado en lo criollo sin mayor éxito. No siento mayor apatía por ese libro.

AMADO VILLAR.

A don Enrique Larreta, autor de "La Gloria de Don Ramiro", se le nota demasiado que quiere ser el mejor novelista español nacido en la Argentina. No lo es por eso mismo.

Nada, en cambio, más español, más castizo, que don Domingo Faustino Sarmiento, autor de "Facundo", precisamente por lo contrario, por esforzarse en no serlo.

Resulta si, don Enrique Larreta, un gran escritor colonial de América. Acuso el único. Y ello basta y sobra, para que los jóvenes admiremos y celebremos con la correspondiente humildad, la obra literaria de que se trata.

J. ALVARO SOL-

Todo juicio acerca de una obra debe guardarse proporción con su importancia. La importancia de una obra puede residir en sus valores positivos (beneficios que produce), o en sus valores negativos (perjuicios que ocasiona). La obra de Larreta, en sí misma, no nos tiene ni de una ni de otra clase. Sin contenido, pasión, entraña, objetivo, belleza, ni color local de patria, falta todo lo que pudiera ser positivo: su inequidad, su frialdad, y su impudencia le impiden todo valor negativo. Es una obra de tan ninguna importancia que se defiende de todo ataque por su propia nulidad. Y el punto no vale más.

Pero el feliz resultado del comentario que antecede debe malograrse por una sencilla razón: la obra de Larreta no es en sí misma, no es por sí misma. La obra de Larreta ha sido compuesta con elementos de brujería totalmente extraños a la obra. Y al decir "la obra de Larreta" debemos referirnos a las dos facetas del asunto: la obra misma, diremos como libreto, y el aparato escénico con que se la ha montado. Es aquí donde la obra de Larreta se preña de valores negativos y adquiere importancia, la importancia que siempre tiene lo que hace daño. El juzgamiento, entonces, tiene que mayoritarse en razón de la trascendencia del fenómeno, y el concepto definitivo tiene que resultar del análisis de las relaciones de Larreta con sus contemporáneos, del metal con que se hace la alusión entre el empresario y la élite. Pero los ataques que la mancharon merecen ser decretados se nos deshacen por razones sentimentales. Se ha montado una farsa espectacular y megalomaniaca por un humilde hombre que se encuentra sobre el tablado como perro en caucha de bochazo. No es necesario escribir para este buen señor que viste el pomposo traje de la deslumbrante reputación sin alcanzar a tapar del todo las ropas del Tarsitarr. Cargar a hombres una gloria de mayor peso que el que se puede llevar, no poder lucir, hacer el ridículo, debe ser demasiado penoso para las personas honradas. Claro está que nos repugna ese cortejo de aduladores que siguen tras la cortinilla de su vanidad, pero eso tenemos capaces de compadecer también un poco a los pobres comparsas que no se resisten ante el dinero y el poderío de un burgués que sabe administrar! Tengamos, eso sí, para nosotros mismos, la misericordiosa despectividad que merece nuestra cobardía de los buenos modales. Aquí falta falta algo más.

IGNACIO B. ANZOATEGUY.

Yo defendiendo a Larreta por estas razones:

1.º Porque no es negro.

2.º Porque es el más europeo de nuestros viejos.

En América hay que vivir cuidándose del

negritismo del negritismo en la política y en la literatura. El patriciano liberal de nuestros cinco años de historia ha propagado entre nosotros la admiración por el espíritu de color: admiramos al mulato y al mestizo por lo que tienen de patria y olvidamos que ellos perjudican a nuestra patria. La verdadera argentinidad es europea. Nosotros somos europeos con problemas americanos: el sol, el trigo y las vacas nos distinguen de Europa, pero la sangre no se modifica por eso. La literatura es cosa de sangre. Se escribe con el pulso y no con la esperanza de una vaga nacionalidad. Tenemos que escribir con sangre europea porque somos los continuadores de Europa. Somos la Conquista y no la raza conquistada. En esto se diferencia Larreta de Ricardo Rojas.

3.º Porque no es proletario.

Yo entiendo que el baño mejora el estilo.

4.º Porque tiene una prosa limpia y arreglada.

5.º Porque todavía está a tiempo de arreprentarse de su radicalismo.

En este país hay que saber perdonar con la sola posibilidad del arreprentamiento, hasta que llegue el día del garrote y del aceite de castor.

RAIL SCALABRINI ORTIZ.

"La Gloria de Don Ramiro" fue una ya borrosa lectura de adolecencia. Apenas puedo distinguir a su protagonista en la muchedumbre de seres apuestos que conviven en esa típica de mi memoria. En alguno de los tres misagresos o en alguno de los tipos de la Matrieta hay, sin embargo, pasión más viva que en Don Ramiro. Las cualidades personales del autor no agregaron encanto a mi distracción ingenua.

Un repaso escolar me permitiera, lamentablemente, hacer una leva de errores o exaltar con justificada razón sus aciertos, pero esta sería una cotización básicamente viciada de extemporaneidad.

Los veinticinco años transcurridos con exactitud, han dado a la obra una patadura juvenil de afeite. El homenaje es lenguaje de amigos, oportunidad de adulones, arma de enemigos. Pero lo que pasó no lo aproxima nadie. Se bien que esta novela de Avila, lejána y exótica, infundió a muchos el orgullo de sentirse argentinos y coterráneos del autor. Para los hombres de mi edad fue una novela entre otras. Es difícil anticipar el juicio de los que no sepan que el autor fue un poderoso caballero nacido en estas tierras del mundo y no en España.

JOSE BIANCO.

Resulta difícil, dentro de las sucintas proposiciones de una encuesta, opinar sobre Larreta. Se requiriera un estudio más o menos exhaustivo para definir su personalidad. Para mí, toda su

obra, siempre interesante con relación a él, no comenzo "El Linera" ni "Centas" constituyó una curiosa e inconsciente prolongación de su novela por excelencia: se diría que Larreta no es el autor de "La Gloria de Don Ramiro" sino que "La Gloria de Don Ramiro" es el autor de Larreta. Dicha novela estigmatizó sus rasgos de escritor. Cuando la lei me pareció magnífica y creo que ahora subsistirá mi antigua admiración aunque minorada por una divergente orientación intelectual. A partir de entonces Larreta ya no pudo — y tal vez no quiso — modificar su estilo y su concepción barroca y compuesta de la vida, propia del afincado de 1900 a ciertas nobres ciudades españolas, a los Ticianos del Museo del Prado, al incienso, a los caballeros del Greco, a la Santa Inquisición, etc., etc. La generación actual ya no comprende sus inquietudes y persigue en el arte una estética muy distinta. Larreta continúa siendo un literato del pasado.

NICOLAS OLIVARI.

No quiero volver a la lectura de "La Gloria de Don Ramiro" para mantener en la decencia de los recuerdos boñis, la "juventud" impresión de su belleza. Mas, cómo no reprochar al que pudo ser mucho para nuestra generación, su alaido orgullo, su esquiviz gremial, su encastillamiento en un apellido?

Que distinto fue Guiraldes con nosotros! Proveniente de igual plano social, tuvo el coraje magnífico de los grandes artistas de desburlarse de ese medio mediterráneo burgues, esterilmente latifundista y arrojar el grito revolucionario de sus poemas. Y sentíase bien entre sus iguales, los poetas y, sobre todo, con aquella generación de Martín Fierro que tanto lo amó y que fue la primera en comprenderlo cuando todos lo negaban.

Además, quien me lava de mi chapazón en "Zoguili" lo ha mi vida he leído nada más mediocre, más triste, más absolutamente revelador del agotamiento de un escritor que fue.

Pudo serlo todo. Pudo ser el gran escritor argentino, por excelencia de trabajo, y fue a andar en los predios, martirizados por el bostezo de Enrique De Rosas.

Culpo al autor de "La Gloria de Don Ramiro" de la tristeza de invierno que en el herido clima de un cine de barrio, asaltara mi alma, viendo su versión cinematográfica de "El Linera". Jamás podrá perdonarle esa tremenda decepción. Aunque acaso no tanto a él, al par que desde los diarios le hicieron el descarado tren de los homenajes múltiples.

Siento el pavor carnal de un pensamiento que se de todos. El de pensar, un instante que la versión cinematográfica de "El Linera" se pasara en todo el mundo como una visión de nuestra patria.

(Cómo no llorar ante esa perjuría equivocación del destino?)

ALBERTO HIDALGO.

Nunca ha habido en la República Argentina, y acaso en todo América, escritor más calumniado que Enrique Larreta. Y la verdad es que a ratos no me explico por qué se le calumnia. Larreta es un hombre bueno, que no conoce el odio y ahora es un viejo lindo. Desde el punto de vista de la eugenia, su patria le debe gratitud, porque, profligico, ha contribuido vigorosamente al mejoramiento de la raza: sus hijos son apuestos y bellos y apiestas sus hijas. ¿Qué más puede hacer un hombre sobre la tierra? No hay pues valedera razón para no querirlo.

Pero la gente es siempre injusta. A Larreta lo calumnia con ensañamiento superlativo diciendo que tiene talento. ¿Que calunias! A su obra todos la hemos dormido, y por eso merece también terna y monumento, pues es un benefactor social: la Argentina es por él un pueblo tranquilo, de nervios domesticados, raro, que sabe sustraerse ocho horas diarias a la vigilia. En cuanto yo, personalmente, le debo, quiero expresarle mi acción de gracias: todos los días Larreta amanece entre mis sabanas, estirando mis inconchos con el profundo susurro que ecyaculan sus páginas siempre vírgenes.

Las calumnias contra Larreta hay que estimarlas como atentados contra la propiedad. Como acaso una forma de reparto socialista? Pues su más desahogado elito ha sido hacer que él las tomara como verdades. Esto es decir que es un "engrupido". Le ha costado mucho dinero el engaño en que vive: desde aquellos mil francos que le pagó a Remy de Gourmont por aparecer como traductor de "La Gloria de Don Ramiro", hasta esas ediciones a todo lujo que regala a los liberos para ser vendidos a precios populares.

Mas los escritores temen la obligación de denunciar las malas artes de un comparsa (1) que no solamente no cobra derechos de autor sino imprime los libros por su cuenta y los vende al "cheque", engañando al público que los compra creyéndoseles merced. Eso es lo deshonroso como si las farmacias vendieran los almanques que les entregan los introductores para reclame de sus productos. Fue hacerlo porque tiene dinero, pero a eso en el Código de Comercio se le llama competencia desleal. Larreta tiene ingenio de inventor: ha descubierto una nueva forma de soborno, nadie como él para avasallar.

Por ello, observadas las cosas con criterio gremial, su actitud conserna, mientras en el orden literario da lástima: es un hombre que quiere hacerse leer a cualquier precio, una víctima de la calumnia y de sus millones. Quede aquí enterrado bajo una lápidia inconvertible.

RAUL RIVERO OLAZABAL—

A los escritores que mueren en los comienzos de su producción — y, sobre todo, si esos primeros frutos fueron buenos —, es de rigor considerarlos malogrados. Pero yo quisiera que muchos de esos "malogrados" hubieran seguido viviendo y produciendo, para ver si no se malograban más así que con la muerte. Es frecuente también citar como un destino trágico en el arte, y especialmente en la literatura, el de esos artistas que consiguen realizar una obra maestra y luego se esterilizan para siempre, atacados de una impotencia misteriosa. Más trágico me parece el de los que siguen produciendo, éstos van perdiendo bajo el peso de sus nuevos engendros a esa primera obra destinada a ser clásica, ensuciando con una mano lo que hicieron con la otra, como una ama que defecaría su propia tela con las patas.

A esos poetas y escritores, consagrados con justicia, que se empeñan en seguir escribiendo cuando ya no dudan más, habría que prohibirles la pluma, como a algunos boxeadores la trompada. Para bien de su gloria.

ENRIQUE GONZALEZ TUNON.—

"La Gloria de Don Ramiro" he tenido que leerla, desgraciadamente. Enrique Larreta es un escritor que sabe financiar su negocio con retrato de Zuloaga, ediciones lujosas y elogios escritos bajo la sujeción de su fortuna.

Hace poco he leído el prólogo que Enrique Larreta escribió recientemente para su libro "Centia". Dice así:

"Harto bien se me alcanza que en este millón de caminantes que es la vida do tan presto paramos", etc., etc.

Pues bien, opino que un hombre que escribe así en esta época no merece el menor respeto intelectual.

SIGFRIDO A. RADAELE.—

No disiento los dos buenos aciertos que tuvo Larreta hace veinticinco años (el otro fue la supresión del "Rodríguez" de su apellido). Ignoro cuál de esos dos cosas se le festeja ahora en vida.

De cualquier modo, creo que ninguna de ellas, ni las dos juntas, pueden justificar la mala costumbre que este homenaje inaugura.

RAUL GONZALEZ TUNON.—

Ha muerto Enrique Larreta? La verdad es que estos homenajes huelen a crematorio.

[Fue en vida reconocido el mérito inmenso de un Roberto J. Payró? Necesitan homenajes Horacio Quiroga y Enrique Bancha, de quienes esperamos fervientemente más obra, grande y perdurable como la que hicieron?]

No interesa la pueril solemnidad de Enrique Larreta como no interesa la alta cursilería de los típicos burgueses representativos de la mentalidad agro-ganadera, que siempre han estado con un pie en París y otro en la Pampa, nuevos ricos y masticadores hasta de la literatura. Se han hecho conocer a fuerza de dilapidar los dineros heredados, ganados por los otros, aumentados por las rentas, los intereses, la explotación de tantos obreros y campesinos, dando listas de diplomacia social — literaria, realizando viajes largamente comentados por la prensa interesada, aprovechando la venalidad de los críticos y los traductores europeos, etc.

Nosotros, los hombres de la nueva generación, negamos de plano a escritores como Enrique Larreta.

No está dentro de la sensibilidad actual. Su cultura supuesta no sirve para nada. Carece de originalidad, de talento creador, de audacia. Nos quedamos con el más imperfecto con el más inculto de los escritores, pero a quien salvamos sensibilidad, originalidad, audacia y espíritu creador.

Y señalamos el peligro de la influencia perniciosa que pueden ejercer en cierta gente desprevención y en esta gente de su "clase", y el despreciable que reparten en Europa para los países de América. Estamos hartos de la invasión de "apellidos" en los campos del arte.

Cualquier mequetrefe o cualquier vilita cursi se hace un viajeito a París, le compra un prólogo a Francis de Miomandre o una traducción entera a Ortiz de Eguigure que envíe un telegrama a "La Nación" edita inmediatamente un libro detallado y se permite llamarse a "verdaderos escritores", a los que trabajan aquí, a contrapelo de todo, sin viajes y sin dinero y sin ediciones de lujo, vale decir, sin lo que no hace falta para ser un escritor de verdad, cuando se tiene talento.

Hasta ahora — y como sucede en el resto del mundo —, no ha salido — un gran poeta, un gran artista, un gran novelista, un gran hombre, de esa "clase". Tienen ellos un Payró, tienen ellos un Quiroga? Ricardo Güiraldes, que los conocía bien, supo despreciarlos, nos habló muchas veces de los prejuicios, las ambiciones mezquinas, las hipocresías de los "dueños de la cultura y de la fama".

En cuanto a la obra del señor Larreta, que no conozco integra ni necesito conocerla para convencerme de que es tan mediocre como todo lo que ha hecho, prosa inusual y cursi, exhumación de lejísimos sin importancia, dramones de mal gusto e inexistencias por el estilo donde no hay un solo párrafo original, grande, humano, es su lápida. Y en esa lápida, hay que poner este epitafio:

"Aquí yace Enrique Larreta
—pi mel, ni pimenta, ni sal—
Su vida fue una vida inquieta:
Vivió bien y escribió muy mal".

ILYSES PETIT DE MURAT.—

La llamada obra del señor Larreta se descompone como sigue:

1.° Libros larguismos.

2.° Libros alargados.

Entre los larguismos se destaca el nombrado "La Gloria de Don Ramiro". Aunque sea difícil establecer su objeto y aunque fluctue incómodamente entre la historia y la novela; aunque sea menos preciso que "The Last Days of Pompeii" de sir Edward Lytton y menos divertido que "Le Vicomte de Bragelonne", de Dumas, puede ser leído sin grandes peligros, a menos que uno sea presidente de la república, en cuyo caso, como lo hizo Sorel, sea, su autor es nombrado embajador en Francia. Conducta doblemente didáctica, puesto que el libro era sobre España y el embajador de esta democracia — según reza una sospechosa nota anónima que anda por ahí — había dado a la misión argentina "un esplendor principesco".

El segundo libro larguísimo se titula "Zogolbi". Yo estoy orgulloso, quizás un poco lateralmente, pero orgulloso, con motivo de Zogolbi. Yo he sobrevivido a Zogolbi. Yo soy de esos hombres de piel dura que vuelven de la guerra y de la gripe, que no sucumben por un Zogolbi más o menos. Cierro que me fiaron, necesitando varios meses para poder recuperar el gusto por la lectura, que tuve que recurrir a diversiones más moderadas en ese género de placer, tal como las hay recomendables contenidas en la Guía Telefónica. Almannique del Mbejobero — Secretaría de los Amantes. La convivencia fue algo prolongada, pero al fin dejé de soñar que me caía en un zogolbi, que un zogolbi me perseguía, que yo corría largamente un zogolbi sin perderlo alcanzar. Me desgozaba de repente, un buen día, cuando noté que, sin muchas dificultades, podía entender el "Veo y leo".

Entre los libros alargados a puro tipografía, a puro gastar mucha plata en papel, vitafitas, falsas certiduras, colofones, post-scriptum, pie de imprenta, iniciales minúsculas y otras sutilezas que convierten la ardua tarea de publicar libros en una diversión parecida al "Mecano", se pueden detallar los siguientes casos:

Prosa. — "Historiales". Inexplicable colección de discursos y artículos.

"Paroles de la Vieille". Reindecencia, esta vez en francés, sobre el mismo tema.

Los Dos Fundadores de Buenos Aires". Escasísimo artículo, concienzudamente estrado, que, entre otras revelaciones sensacionales, contiene la de los nombres de los fundadores de esta ciudad, señores Mendoza y Garay, si mal no recordamos.

"Centias". Libro en que su autor (La

retta) "calza la espuela y enristra el latón". Inconciencia que se toma al objeto, que ya no podemos observar con benevolencia, de reunir nuevamente sus afamados discursos. A la verdad, a esta altura de la encuesta, ya nos comenzamos a sentir hartos de sus discursos. Además, existe en este libro un sospechoso prólogo anónimo, en el cual se afirma que "se cita a Enrique Larreta como sucesor de la gloria del inmortal Cervantes". ¡En dónde se cita de ese modo! Este debe ser aclarado por el prologuista anónimo a fin de que conozcamos el lugar más escandalosamente absurdo que hay sobre el mundo, algo que deja atrás, en materia de gracia chacota, la Academia de Letras y la fenección sala de espejos deformadores del Parque Japonés.

Prosa más complicada. Divulgada por su autor (Larreta) en el cénico catilicativo de Teatro. "La Lampe d'argile". Pocas personas han intentado su lectura. Quizá solamente el prologuista anónimo de "Centia". Su informe nos precave de peligrosas recaídas. Se trata, según el señor persistente y después de lo de Cervantes ya no tan anónimo del "poema del amor cristiano, del amor en la eternidad, que se desarrolla en nuestra época y termina en las catacumbas de Roma". Otros sintetizan: "obra modernísima, aunque de ideas y sentimientos perecibles... obra simbólica en la que la arcilla de la lámpara representa la carne y la luz inmortal que la vida se desprende, representa el espíritu cristiano..." (Nota que a esta altura ya clasifico mal, poniendo un poema como prosa).

"El Layron". Casi inevitable. El que se salvó del teatro cayó en el cine. Dramón endeble, con resobado argumento que ya tiene antecedentes en Strindberg y Ricardo León y en varios cuentos que andan por ahí.

"La Lactémica". — Obra dramática en verso o lo que sea.

En cuanto a la oportunidad del homenaje, no me toca pronunciarme. Sea o no, el homenaje ya se cuenta a que hanqueen al notable "cordon bleu" Blado, o levanten un nuevo monumento al negro Palucho, o ejecuten el vals sobre las alas en honor de la poetisa Melita Melos, o dicten discursos ecomonásticos a propósito de las dos tñimas magistrales padadas que acaba de dar el notable bach Ennoff. Me falta materialmente el tiempo del mismo modo que para oponerme a que concurren.

Espero que el homenaje al señor alcance alturas vertiginosas de adulación.

RESPLANDOR DE SANGRE

que haya un buen miting de felpudos humanos a su disposición que lo releen de discursos, que se editen nuevos y lujosos libros, que el homenaje dure otros veinticinco años, con un programa nuevo todos los días. Que se le dediquen serietas, coronas de laureles, placas conmemorativas, bustos de tamaño natural. Que se escriban sonatas, poemas, artículos, panfletos, trépanos en forma triangular, todo en su honor. Que haya un minuto de silencio para honrarlo. Que lo inviten al zoológico. Que el invitado le dirija cartas afectuosas y varios ermitaños eleven sus rogativas. Que se dicten clases alusivas. En fin, que no quede a nuestra ciudad, a las catorce provincias y diez gobernaciones ni la menor duda, ni el menor remordamiento, de no haber tratado en vida adecuadamente al sucesor de la gloria inmarcescente de Cervantes (Larreta).

RAMON DOLL.—

Enrique Larreta ha sido juzgado muy superficialmente por los argentinos. Motivos accidentales han provocado juicios favorables o adversos sobre su obra. El ha dado a veces, casi siempre, material criticable que eclipsaba el verdadero valor intelectual de su producción. Exagera la propaganda, es radical, es galeonista, muy sangre azul y amigo de que le eleven la tumba, todo lo cual irrita en nuestro medio ambiente. Además, siempre su obra ha caído sin suerte, fuera de tiempo, y sin alusión al jefe político que Larreta admiró, yo diría que sus libros nos cayeron siempre como el pedazo de repalo. Apareció en la Revista "La Biblioteca", presentado por Groussac, quien se dignó graciosamente dejar caer sobre la frente de Larreta, una breve pulgarada de gloria, con ese gesto avaro de quien regala rico, que tenía el vicio presupuestivo nacional. Luego escribió "La Gloria de Don Ramiro", consagrándolo a un ambiente extraño y antipático, sus mejores aptitudes. Zogóbi, que para mí es una novela de primer orden, cayó también con mala pata, en un momento en que por razones de política literaria, había que elogiar a "Segundo Sombra"—inferior a "Zogóbi"—. Para no ser largos, digamos que todas esas adhesiones antipáticas o inoportunas, le han restado brillo a la obra de Larreta, que es la de un gran escritor, gran estilista y gran creador de figuras. No podía yo una vez, convencido a Samuel Glusberg, que "La gloria de don Ramiro" es una novela impecable, a pesar de, es cierto, trata de una época, la de Felipe II, a cuyo solo y vago tufo, Glusberg se retorce como la tarasca, o como un escorpión en las brisas, pues entonces, "las bas"

queaban a los infelices. ¡Y por qué Glusberg no podía separar ese erizamiento de bestia que olfatea al malarife, (que él experimenta cuando oye mentar la persecución judía) de los valores literarios de "La Gloria de Don Ramiro"? Porque, como digo, la obra de Larreta está llena de esas interferencias, que la han desprestigiado y ensombrecido, como su inútil y torpe adhesión al irigoyenismo y su amor a la propaganda que siempre alca, desluzca, luce odiosa la persona de un escritor.

ENRIQUE MALLEA.—

La obra de Enrique Larreta, novelista y autor teatral, me parece un magnífico pretexto para un estudio sobre la mediocridad en la literatura. Toda su obra se queda en ese plano en que las cosas parecen ser y no son: "Zogóbi" es infinitamente inferior a "Don Segundo Sombra"; "El Liniero", un melodrama. La grandeza y el dramatismo de la pampa están ausentes de estas obras de Larreta.

¡De qué modo de ver y sentir nuestra literatura, para mí estruendo e incomprensible, proviene, pues, este deseo de tributarle un homenaje! ¡De dónde viene asignarle esa singular importancia digna de un acto de consagración nacional!

Confieso que no he encontrado la respuesta. "La Gloria de Don Ramiro", me ha impresionado siempre por su ropaje verbal, a ratos exquisito. Pero en lo que es vital para la existencia de una novela, *non la historia*, el grado de intensidad con que se nos ofrece su atmósfera y sus personajes, "La Gloria de Don Ramiro" no contiene, a mi juicio, nada notable, nada que cause asombro.

Para nuestra felicidad, desde de nuestra indigencia, creo que contamos con obras más vastas en su resonancia y en su significado. Yo considero digna de todo respeto la obra de este escritor, pero no puedo adhirir a su homenaje puesto que no dice nada.

ALBERTO ZUM FELDE.—

Recientemente hubo de publicarse un comentario mío sobre Larreta, hecho a pedido de una editorial rioplatense, para servir de prólogo al último libro de este escritor, cuyo título ya no recuerdo. Lo sucedido a este respecto vale la pena que se note en esta encuesta, como documentación para la historia literaria. He aquí la anécdota.

Conterados los editores por la insignificancia del libro que el Sr. Larreta diera a imprimir —collección de bagatelas, ocasiciones, de una oratoria protocolar, con vistas a la ex-Embajada en París...— pensaron en remediar un poco la completa falta de interés del volumen, agregándole algo así como un estudio crítico preliminar sobre el autor. El caso se presentaba difícil para el tratamiento

Ví que a lo mejor te perderías, que a lo mejor nadie te alcanzaba, antes de la muerte algún recuerdo de esos que sirven para enjugar un poco el sudor de la agonía.

Llevabas tu muerte candorosamente asomada a una grieta pequeñísima de tu piel. Una grieta cuyo sufrimiento llevo en mí de un modo tan oculto y delicado como el que da precisión, en el regreso solitario al detalle maravilloso que borró la intensidad del abrazo.

No nos unía nada. Tan solo la maravilla reconfortante del olvido.

Te había olvidado tanto que en la dulzura y el desconocimiento de verte otra vez me quedé falsamente reconcentrado igual que un hombre que agradece. Te había olvidado tanto que solo me llegabas como llega el resplandor, apretándoles los ojos, a la noche dilatada y sangrienta de los ciegos.

El conocimiento agrio de las mujeres, la perdida tristeza de los crepúsculos en su compañía, la tirante soledad de sus recuerdos, la delicia minuciosa de sus olores, y el fantasmal sonido de sus voces —todo lo que sirve para tornarnos sonámbulos para arrojarnos ensangrentados a la noche submarina donde acecha

la viscosidad delirante de sus bocas—
nos era ajeno.

Nada nos unía. Yo hubiera querido gritar esa felicidad desde mi orilla ausente, dichosa, como soñada a semejanza de un hombre que —abolido su horror por la fría piel de los sapos y las uñas que se rompen contra los pizarrones y los rostros que solo mira Dios en las leproserías— alzara en alguna orilla ausente y dichosa la escalofriante blandura de una medusa conquistada en los ámbitos de la noche submarina.

Nada nos unía. Tu saludo fué para mí un signo mágico definitivamente incomprensible. Algo piadoso y ausente y oficial como el pésame a los deudos en los velorios de los desconocidos.

Solo la pequeña grieta encantadora, de la que, si hubiera tenido vida aparte de tu ser yo me hubiera enamorado a causa de su modestia y excelente comportamiento.

Un pequeño anuncio de muerte, una pequeña muerta incapaz como las Santas de la descortesía de la corrupción. Una pequeña muerta, sino de color tan diáfano, a lo menos tan imprecisable como el de los sueños. Velada al sol de la mañana como dicen de los antiguos muertos, de no sé qué país tan noblemente rígidos, al aire libre, encima de columnas que es admirable hasta el no poderse las imaginar.

Y era grato imaginarse las columnas sin el auxilio de la Enciclopedia que todo lo entristece con detalles inicuos y traicioneros, y pensar que llevaba esa grieta dentro mío con un sufrimiento secreto y delicado aunque tal sufrimiento y quizás las columnas nunca hubieran existido.

No pensar con deseo, sino con olvido. Fingir que tal vez nada se te alcanzaría, que no serías alcanzada antes de tu muerte, como si tu pobre boca no hubiera ya reptado junto a otras ávidas bocas su horrible humedad, su amarga humedad, que llaman dulce los descreídos, los poetas y los imbéciles olvidados del acre esplendor de la saliva, olvidados a fuerza de desear, de la opaca grandeza del deseo, que se satisface no en la lujuria ni los poemas sino en la mujer, esa noche submarina, lista a reventar en sangre, lista a poner su resplandor de sangre en nuestras dilatadas noches de ciegos.

Ajena y perdida. Para mí perdida y hallada para incalculables bocas ávidas y para montones de miradas que conjugan con la humedad secreta de tus bocas porque tienen la humedad resignada y emocionante de las miradas de los perros.

Libre. Fugado como de una ciénaga en la mañana de sol. Libre de las mujeres, pero no de la mujer que se hizo sangre a mi lado

CINCO POEMAS DE KLABUND

CONSUELO

Todo lo que acontece
no es sino pena o canción.
Dios se consuela en el arpa.
La ola baja y sube.
Ay, cuán pronto se inclina
la cabeza en la muerte!
Sonríe, entonces, tú...

DORMI EN EL DIA LUMINOSO

Dormí en el día luminoso.
El niño llora. Muge el buey.
En mi sueño de sauce se encontraron
Leiseklug y Lockenlind.

Apenas si aún sé porqué vivo.
La mirada helada, la sangre detenida.
Cuando al respirar levanto el pecho
se amontonan las rocas sobre él.

También la hermana, en el puerto de bruma
ofrece el dulce pecho al viento.
Ante la taberna sonora se encontraron
Leiseklug y Lockenlind.

A las estrellas que daban contra el cielo
les tiré carcaj y copa.
Trenzado estoy con amapola y muerte
y ya ni sé si aún existo.

JUNTO AL LAGO DE LUGANO

Fluye por la ventana el lago a mi habitación.
También el cielo con su luz de luna.
Las olas navegan sobre mi.
Sueño con que he muerto hace mucho tiempo.

no para demostrarme que era capaz de morir
sino para decirme, con palabra y testimonio de sangre
que ataba heroicamente, de una vez por todas
su extraño resplandor a mi noche de ciego.

Por un solo minuto, tal vez, libre. Olvidado de tu rostro y
del encanto

de tu cuerpo, igual a una columna antigua, en cuya cima
están velando al sol, como a una muerta
a una pequeña grieta inverosímil.
Sin ningún sufrimiento oculto y delicado
proveniente de mujer.

Olvidado de tí, de la ciudad y de todo
doce horas antes de que la noche
saque a las aceras
las prostitutas, los tachos de basura y los pederastas.

Ulyses Petit de Murat.



Yazgo en el fondo de todo ser.
Me fundo con guijarro, sollo y almeja.

ANDANZA NOCTURNA

Cuando ando de noche
— Una estrella como muchas otras —
siguen mi viaje,
ambiciosamente, los hermanos dorados.

Dice el primero al segundo
que me acompañe con ternura.
El segundo dice a los muchos
que me rodeen con su brillo

Así marchó en la multitud
de las estrellas, atravesando cielo.
Sonríó, brillo, camino:
un astro, como muchos otros.

AHORA GIRA LA TIERRA

Ahora gira la tierra
en torno mío. Permanezco inmóvil.
Porque cada vez me confundo más
en la sombra de tu sol,
y ansío convertirme en sol yo mismo.

Llevo tus estrias de sombra
en mí, a la quietud dorada.
Amontono mis tesoros,
Los amontono sin cesar.

Ya brilla todo en torno mío,
aún cuando sé que ya no soy
sino tú.

NOTA. — Klabund es el seudónimo de un hombre y de una obra fragmentarios. Una especie de Venus de Milo hecha persona —autor alemán y literatura— versos, dramas, novelas. La compa-



KLABUND
XILOGRAFIA DE
LUIS REBUFFO

MUSICA DE CAMARA

I

*T*odo el día escucho el ruido de las aguas
sollozando,
triste como el pájaro del mar cuando al partir
solitario
escucha el grito de los vientos a las aguas, desolado.

*Los grises vientos, los [frios vientos soplan
adonde vaya.
Escucho el ruido de mudas aguas, lejos, abajo.
Todo el día, toda la noche las oigo deslizarse
aquí y allá.*

II

*E*scucho un ejército cargar sobre la tierra.
Y el trueno de los caballos precipitarse, con espumas
sobre las rodillas.
Arrogantes, con armaduras negras, de pie detrás de ellos,
desdeñando las riendas
con ondulantes látigos, los aurigas permanecen.

*Gritan en medio de la noche sus nombres de batalla:
yo sollozo durmiendo cuando oigo, lejos,
sus arrolladoras risas,
Ellos parten las tristezas de los sueños con llama segadora,
golpeando, golpeando sobre el corazón como sobre una bigornia.*

*Arriba sacudiendo en triunfo sus largos cabellos verdes:
salen del mar y corren gritando por la playa.
Corazón mío ¿has perdido la sabiduría para desesperarte de este
modo?
Amor mío, amor mío, amor mío ¿por qué me abandonaste?*

JAMES JOYCE.

Versión de Pablo Neruda.

ración no es caprichosa. Klabund y la Venus de Milo carecen de algo, sin ser imperfectos. Sin brazos, la Venus de Milo es un arquetipo de belleza (no de una belleza femenina, sino de un concepto de belleza). Sin haber pasado de la juventud, —37 años—, cuando la muerte lo alcanzara, Alfred Henschke, "Klabund", era un hombre y un autor "terminado", maduro, espiritualmente completo. Era novelista, dramaturgo, poeta, traductor (de Lao-Tse y otros orientales). Terminó muchas obras; dejó esbozada una cantidad mayor todavía. La tisis, grave, aguda, incurable le marcó un término de vida fijo y breve. Quiso aprovechar bien esos años. Se concentró en el trabajo. Dijo brevemente, en esbozos, todo lo que llevaba adentro. Que era mucho. Los apuntes que dejó dispersos, podrían servir de núcleo, de materia, para la obra de una larga vida de trabajo. Las obras que dejó terminadas dan la pauta de cómo habrían sido esas creaciones si Klabund hubiese vivido más años. Acaba de publicarse una versión española de su novela "Los Borgia". No es su obra principal. Pero puede servir de guía para orientarse acerca de su estilo y de su idiosincrasia. Los versos que publica "Poesía" han sido tomados de "Lesebuch", una recopilación póstuma de apuntes en verso y prosa. Tampoco son los mejores, pero revelan la intensidad con que Klabund ha vivido y escrito. Me hago responsable por las fallas de la traducción. Sus méritos —sus posibles méritos— pertenecen a Vignale.

ALFREDO CAHN.



CUATRO POEMAS DE HERMAN WILDENVEY

COMO UNO QUE VUELVE DE UNA FIESTA

Como uno que vuelve de una fiesta,
no embriagado por la fiesta,
pero que aún por el camino de regreso
mirara al huésped,
— al huésped de honor,
que nunca a las fiestas venía —
así me encuentro yo, muchas madrugadas,
y el huésped de honor,
que nunca venía, eras tú . . .

Como uno que ha sido engañado,
— no por algo que posee,
sino por algo que en secreto aguarda,
un tesoro precioso
que se hundió en los abismos,
que no puede alcanzar ni vislumbrar;
así encuentro yo la soledad de la noche.
En su oscuridad me sumerjo,
hacia perlas y sortijas,
pero el tesoro que se hundió, eras tú . . .

Como uno que ha vaciado su copa,
no por inclinación al veneno,
pero jugando a la muerte con el fondo de la copa,
y por obstinación viviendo,
entre días de sol y borrascas alternando,
igualmente contento;
así voy yo, evitando encontrarte.

De las penas me burlo,
del veneno y del vino.
Pero el veneno y el vino, eras tú . . .

Como uno que teme morirse,
— no por miedo a la muerte,
sino con la secreta esperanza
de ver brotar otra vez, simiente de eternidad,
en aurora primaveral,
como retoños del árbol de la resurrección;
así ahora siento mi vida,
y por la muerte, una huida
hacia el alba primaveral.
Sí; la vida y la muerte, eres tú . . .

— ¡Te acuerdas de los versos, deliciosos y pequeños,
dulces como niños, que apenas andar pueden?

VUELVO DE UN VIAJE

Vuelvo de un viaje a través de años y de tierras.
He estado mucho tiempo ausente
de mi infancia — playa mansa —
Dios os proteja, mis amigos,
tales viajes son tan duros!

Uno debe ir a todas partes,
recoger júbilos y pesares.
Aprender a añorar todo lo hermoso
que tiene todo hogar.
Y sobre todo construir esa morada
que honor se llama.

Escribir versos, música, urdir textos,
agregar algo a su altura.

FRAGMENTO DE "CUENTO PARA ELENA"

Querida pequeñita, que yaces moribunda.

Deja que te invente una aventura,
—la última—

Pronto has de zarpar en un mar
desconocido y grande.

Y tu ataúd de flores blancas,
será tu barco...

Y los caballos del cielo arrastran
tu regio cochecito.

Oro y piedras centellean, bajo el arco
del portón de perlas.

Y tú crees que es una iglesia
en la Parroquia de San Pedro,
cuando contemplas la sala celestial,
más humilde.

En ese cielo donde tu infancia
no morirá nunca...

POEMA DEL AMIGO

Apareció en la sala, yo estaba en un sillón.

Llegaba del bosque como un claro día,
algo otoñal y triste, mas con sonrisa al sol
que rozaba la pieza con su luz de ocaso.

Hablamos un rato, mas qué son las palabras,
cuando por su red mil pensamientos vuelan!
Me alcanzó unos papeles, con una sonrisa,
—aquí están los versos,— me dijo, simplemente.

Le rogué que leyese, y creo que hablé así:

—Debe tratar del verano, de la cosecha del año,
una canción al bosque, de donde vienes,
una nueva conquista de ignorada soledad.

Su sonrisa que tantas veces como una flor surgió,
de lo hondo del corazón, donde tenía raíces,
parecía preguntar, si yo sería de aquellos,
que bailan sin pensar sobre los pies del verso.

Puso entonces el libro sobre la mesa amplia,
y leyó, cuán distinto de los otros!
Sus palabras también eran distintas
a las que antaño yo hubiera escrito o leído.

Fuí llevado a una región encantada,
por caminos simples, a través de tierras vírgenes.
Un pensamiento sencillo, era su contraseña,
y yo lo seguía, porque adivinaba esto!

Siempre más lejos, me llevó consigo.
Un matorral de ideas crecía por doquier.
Y extasiado de asombro, logré ver ese sitio
donde los pensamientos de los hombres viven.

Era un país celestial, con valles y montañas,
un cuadro de la tierra, pero a través de ella,
un río de angustias, de mil brazos construido,
a cuyos lados, bebiendo sus aguas, las flores crecían.

La hermosa vista contemplé extasiado,
a la vera del río, la infinidad de flores
el sonrojo de las rosas, la nieve de los lirios.
Pero todas crecían junto a un río de lágrimas.

Había pequeños presagios en capullos rociados,
con luz de estrellas en su mirar de lágrimas.
Los ví que se tendían hacia la luz de arriba,
más el cielo de estrellas no los veía.

Y las esperanzas soñadas habían echado raíces,
en derrumbes y grietas a lo largo de la sombría orilla.
Envueltas en un eterno verde, luchando,
contra cada golpe de aire amargo, que las partía.

Y el amor era una isla floral,
también surcada por las corrientes de la pena.
Cerca de ella yacían los designios de la muerte,
e inclinaban las flores sus cabezas acongojadas.

Y las formas del odio, vivían lejos,
de las de amor y otras, mas en la misma tierra.
Las ví que trenzaban, despacio, sus guirnaldas,
flor de veneno amarillo, a lo largo del río.

Ironía. Ví espinas, sin el alma de las rosas,
rencor, pasión, locura, en ejército a lo lejos,
gozando del azar, y la rueda de la suerte,
y los pensamientos oscuros, y los negros del pecado.

Mas, alejados, casi solos, en sí mismo envueltos,
en eternidad sencilla por mandato del cielo,
estaban los pensamientos de Dios, extendiendo,
en torno de ellos, una aureola, como una luz de Dios.

Y estábamos muy cerca, de estos pensamientos,
venían de abovedadas cárceles, tras pesadas frentes,
pero más allá de su ejército perdido,
alzaron su cielo nocturno de estrellas.



HERMAN WILDENVEY

XILOGRAFIA DE
LUIS REBUFFO

Y se cerró el camino ,y —adónde irás ahora?
vibró la voz del amigo, su poema ya callado.
Ah! Si un sueño fuese u ambos, el amigo y el verso!
Mas el sol crepuscular iluminaba el cuarto!

Versión del noruego de Norah Lange.



POEMAS DE F. GARCIA LORCA

PAISAJE DE LA MULTITUD QUE VOMITA

A mi viejo amigo Oliverio Girondo.

La mujer gorda que vuelve del revés los pulpos agonizantes,
arrancando las raíces y mojando el pergamino de los tambores.
La mujer gorda que vuelve del revés los pulpos agonizantes.
La mujer gorda, enemiga de la luna
corría por pasillos de los pisos deshabitados
y dejaba por los rincones, pequeñas calaveras de paloma
y levantaba las furias de los banquetes de los siglos últimos
y llamaba al demonio del pan.
por las colinas del cielo barrido
y filtraba un ansia de luz, en las circulaciones subterráneas.

Son los cementerios. Lo sé. Son los cementerios
y el dolor de las cocinas enterradas bajo la arena.
Son los muertos, los faisanes y las manzanas de otra hora
los que nos empujan en la garganta.
Llegaban los rumores de la selva del vómito
con las mujeres vacías
los niños de cera caliente
con árboles fermentados y camareros incansables
que sirven platos de sal
bajo las arpas de la saliva.

Sin remedio: alma mía, vomita, no hay remedio.
No es el vómito de los húsares
sobre los pechos de la prostituta
ni el vómito del gato que se tragó una rana por descuido.
Son los otros, los muertos,
que empujan con sus manos de tierra
las puertas de pedernal donde se pudren nubes y postres.

La mujer gorda venía delante
con las gentes de las tabernas y de los barcos y de los jardines.
El vómito agitaba furiosamente sus tambores
entre algunas niñas de sangre
que pedían protección a la luna.
¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡ay de mí!

Esta mirada mía, fué mía, pero ya no es mía.
 Esta mirada que tiembla desnuda por el alcohol
 y despide barcos increíbles por los de los muelles.
 Me defiendo con esta mirada
 que mana de las ondas por donde el alba no se atreve.
 Yo poeta sin brazos
 perdido entre esta multitud que vomita
 sin caballo efusivo que corte
 los espesos musgos de mis sienes.
 Pero la mujer gorda seguía delante
 y las gentes buscaban las farmacias donde el amargo trópico se fija.
 Solo cuando izaron la bandera y llegaron los primeros canes,
 la ciudad entera se agolpó
 en las barandillas del embarcadero.

POEMA DOBLE DEL LAGO EDEM

Nuestro ganado pace. El viento expira.

GARCILASO.

Era mi voz antigua,
 ignorante de los densos jugos amargos,
 la que vino lamiendo mis pies
 sobre los frágiles helechos mojados.

¡Ay mi voz antigua de mi amor!
 ¡Ay mi voz de mivredad! Voz de mi abierto costado,
 cuando todas las rosas brotaban de mi lengua
 y el césped no conocía la impasible dentadura del caballo.

¡Ay voz antigua que todos tenemos,
 pero que todos olvidamos
 sobre el hombro de la hora, en las últimas expresiones
 en los espejos de los otros o en el juego del tiro al blanco!

Estás aquí bebiendo mi sangre
 bebiendo mi amor de niño pasado

mientras mis ojos se quiebran en el viento
 con el aluminio y las voces de los soldados.

Déjame salir por la puerta cerrada
 donde Eva come hormigas
 y Adán fecunda peces deslumbrados.
 Déjame salir, hombrecillo de los cuernos.
 al bosque de los desperezos y de los alegrísimos saltos.

Yo sé el uso más secreto
 que tiene un viejo alfiler oxidado
 y sé el horror de unos ojos despiertos
 sobre la superficie concreta del plato.

Pero no quiero mundo ni sueño, voz divina,
 quiero mi libertad. Mi amor humano,
 en el rincón más oscuro de la brisa que nadie quiera.
 Mi amor humano.

Esos perros marinos se persiguen
 y el viento acécha troncos descuidados.
 ¡Ay, voz antigua, quema con tu lengua
 esta voz de hojalata y de talco!

Quiero llorar porque me da la gana,
 como lloran los niños del último banco,
 porque yo no soy un poeta, ni un hombre, ni una hoja,
 pero sí un pulso herido que ronda las cosas del otro lado.

Quiero llorar diciendo mi nombre,
 —rosa, niña y abeto—, a la orilla de este lago,
 para decir mi verdad de hombre de sangre
 matando en mí la burla y la sugestión del vocablo.

No. No. Yo no pregunto. Yo deseo.
Voz mía libertada que me lames las manos.
En el laberinto de biombos es mi desnudo el que recibe
la luna de castigo y el reloj encenizado.

Aquí me quedo solo, hombrecillo de la cresta
con la voz que es mi hijo. Esperando
no la vuelta al rubor y al primer gusto de alcoba,
pero sí mi moneda de sangre que entre todos me habeis quitado.

Así hablaba yo cuando Saturno detuvo los trenes
y la broma y el sueño y la muerte me estaban buscando,
me estaban buscando,
allí donde mugen las vacas que tienen rojas patitas de paje
y allí donde flota mi cuerpo sobre los equilibrios contrarios.

IGLESIA ABANDONADA

(Recuerdo de la Guerra Europea)

Yo tenía un hijo, que se llamaba Juan.
Yo tenía un hijo.
Se perdió por los arcos un viernes de todos los muertos.
Lo vi jugar en las últimas escaleras de la misa,
y echaba un cúbito de hojalata en el corazón del sacerdote.
He golpeado los ataúdes: ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!
Saqué una pata de gallo por detrás de la luna, y luego,
comprendí que mi niña era un pez
por donde se alejan las carretas.
Yo tenía una niña.
Yo tenía un pez muerto
bajo la ceniza de los incensarios,
yo tenía un mar ¿de qué? Dios Mío ¡Un Mar!
Subí a tocar las campanas, pero las frutas tenían gusanos
y las cerillas apagadas, se comían los trigos de la primavera.

Yo vi la transparente cigüeña de alcohol
mondar las negras cabezas
de los soldados agonizantes;
y vi las cabañas de goma
donde giraban las copas llenas de lágrimas.
En las anemonas del ofertorio
te encontraré ¡corazón mío!
cuando el sacerdote
levante la mula y el buey con fuertes brazos
para espantar los sapos nocturnos
que rondan los helados paisajes del caliz.
Yo tenía un hijo que era un gigante.
Pero los muertos son más fuertes
y saben devorar pedazos de cielo.
Si mi niño hubiera sido un oso,
yo no temería el sigilo de los caimanes;
ni hubiese visto al mar
desnudo y amartado a las columnas
para ser fornicado y herido por el tropel de los regimientos.
Si mi niño hubiera sido un oso.
Me envolveré sobre esta lona dura
para ni sentir el frío de los musgos
Sé muy bien que me darán
una manga o la corbata:
pero en el centro de la misa, yo romperé el timón y entonces,
vendrá a la piedra la locura de pingüinos y gaviotas
que harán decir a los que duermen
y a los que cantan por las esquinas:
Su hijo, su hijo, su, hijo, su hijo, su hijo.
El tenía un hijo
un hijo, un hijo, un hijo,
que no era más que suyo porque era su hijo
su hijo, su hijo, su hijo.

ADAM

A Pablo Neruda, rodeado de Fantasmas.

*Arbol de Sangre riega la mañana
Por donde gime la recién parida.
Su voz deja cristales en la herida
Y un gráfico de hueso en la ventana.*

*Mientras la luz que viene fija y gana
blancas metas de fábula que olvida
el tumulto de venas en la huida
hacia el turbio frescor de la manzana.*

*Adam sueña en la fiebre de la arcilla
un niño que se acerca galopando
por el doble latir de su mejilla.*

*Pero otro Adam obscuro está soñando
neutra luna de piedra sin semilla,
donde el niño de luz se irá quemando.*

FEDERICO GARCÍA LORCA.



CANCION PARA UNA TARDE SIN VIENTO

La rosa enstímada y el teorema del viento
caen a la hora en que se encienden los faroles
desde el final del día y el principio del cuento
a besar en tus uñas recién nacidos soles.
El ciprés de Corfú está contento
y la barca en el lago sabe inglés.
Ambos guardan la sombra debajo de tus pies
y bordan iniciales de brisa en tu pañuelo.
Por el más alto corredor del cielo
un angel rubio lleva puesto traje de luces:
emblema de unos ojos andaluces
que no saben qué hacer con tanto hielo.

Ni lira ni pincel ni bombones ni pianos,
sino el remo que canta y el junco que navega.
Hay demasiados peces ocultos en tus manos
y demasiadas islas en la falda que juega.
El saxofón espanta los milanos
y en el guante olvidado hay un neblí.
El Atlántico espera que tu le digas sí
para volver a ser un vaso de grosellas.
El violín ha olvidado facturas y querellas
para quedarse sólo cerca de tus zapatos.
En la luna se venden tus retratos,
por telegramas desde las estrellas.

Las Islas Borromeas se mueren sin sombrillas,
sin hallar la vereda para Constantinopla,
mientras tu, ya sin carta, robas las campanillas
y rompes en pedazos el eco de una copla.
Porque en el medio día es cuando brillas
Marte ha puesto sus coches al servicio del Sur;
y en letras grandes dice Amor y Love y Àmour
y Liebe sobre las cuatro puntas de aquel lucero.
Las olas te querrian arreglar el sombrero
si tu no fueras ya sobre un toro mugiente.
En las altas murallas se agolpaba la gente
para saber cómo decías Te quiero.

Hay un temblor de nardos en las copas que alzas.
Dicen que un aeroplano ha matado un jilguero.
Por detrás de las nubes van dos niñas descalzas
buscando en este Abril, una luna de Enero.
Entre todas las flores que tu ensalzas
hay una que no tiene ni tallo ni raíz.
Plantación de café y campo de maíz
es el mapa que van consultando tus brazos.
Trópico en primavera circundando tus abrazos.
Zona Glacial del Norte si olvidas la mirada.
Qué placer poseerte una tarde, asustada,
de ver caer al mar la luna hecha pedazos!

José María Souvignon.



MISTERIO DE SORDINA

Oye bien que hay una voz sin acento
que quiere contarnos la tragedia mineral, la tragedia
de la desolada hoja de plata en un paisaje de azufre
en que la luna se apaga para enterrar el tiempo muerto.

Oye bien si nó esta música de arena
que despiden las pisadas que se ahogan en la sombra
mientras que hay un reloj sin cuerda en algún ángulo
donde la vida parece que vigila acechando impunemente.

Oye bien cómo caen las hojas en una ribera descarnada
donde el viento ensaya modulaciones y giros
en la que he velado mi cuerpo unánime de misterios
para que el alba ensayara con él un sol sin salida.

Y atiende oye mira esta soledad sin recuerdos
este lento caer de cortinas sobre fondos sin paisajes
y recoje un grano un grumo entre tus manos indiferentes
para ungirte y poder esperar la aparición del milagro.

Genaro Estrada.



EL AGUA Y LA NOCHE

LUNA VAGA, DISUELTA...

*Luna vaga, disuelta.
Oh, dulzura del río:
palidez profunda
velada de un presentimiento de alba
en la noche aún tierna!
Dulzura que arde
de un rumor numeroso
que la brisa delgada, llena de sueño ya,
quiere apagar en vano,
pues de pronto se exalta, aguda, en ese canto
de pájaro:
gorgoteo
de agua pura y sola
en el fondo agreste de la noche.
Orilla que se va
o se queda. Se queda
mirándonos con gesto simple, pero
lleno de musicales sortilegios.*

*Orilla medio desnuda,
sin cast-árboles,
y que piérdese en un antiguo cielo de maravilla.
Dulzura agreste, eterna, de las noches
frente al escalofrío sucesivo de las almas!*

LUNA SOLA DE LOS CAMPOS

*Luna sola de los campos.
Pienso en las bellezas
perdidas.
Pero, es perdida esta?
Vea una luna abandonada
tan hermosa como esta
sin nadie que la contemple.
Nadie siente*

cómo los campos anochecidos
se van alumbrando, flotantes,
y descubren horizontes
marinos
con el humo de alguna
arboleda perdida?

Nadie?
Las ramas
están pálidas de encanto
y un sutil calofrío
recorre las hojas.
Acaso este pájaro
que aletea?
Luna de oro entre los ceibos.
Luna sola de los campos.

LLUVIA

Todo el día mi alma hoy estará *suspensa*
de la voz del agua,
como en un sueño
mojado.

La voz del agua
dulcemente cierra el mundo
¡la voz del agua!

Todo el día seré un niño
que se está durmiendo.

La vida será sólo
una voz querida.

DIANA

Tenías una pureza tal
de líneas
que emocionabas.
Desde dónde venían
tu fuerte pecho,
tus remos finos,
tus nervios vibrantes,
y esos ojos sesgados
húmedos de una inteligencia
casi humana?

Desde dónde tus gentiles actitudes,
esa manera tuya, aguzada, de echarle,
y ese silencio
y esa suavidad felinos,
acaso lleno de visiones,
que ennoblecían las alfombras,
y daban la inquietud de un alma,
un alma gótica encarnada en ti?

Oh: ya hubieran querido muchos hombres
tu auténtica aristocracia.
Fuerza contenida
que raras veces temblaba
en tu latido profundo.

Y eras a la vez humilde y tímida,
y sensitiva,
lo que no impedía que te disparases con impulso heroico
cuando tu instinto se abría como una fiesta sobre el campo.

Recuerdo, recuerdo...
Qué compañía más discreta que la tuya?
En el atardecer
íbamos
a la orilla del río.
La cabeza baja,
apenas si pisabas.

Yo casi no respiraba.
 Oh, vuelos últimos en la palidez hechizada!
 Yo me sentaba en la barranca.
 Tú te tendías a mi lado,
 el hocico hacia el río,
 esculpida en un gesto de caza hacia las estrellas del abismo.
 Era hacia las llamadas tímidas del abismo?

Temblaba tu hocico,
 me mirabas,
 y caías de nuevo en el éxtasis.
 Acaso, al fin, eran tu presa
 las imágenes
 con que yo volvía luego:
 tímidas, asustadizas,
 de piel suave,
 pero de mirada pura
 como la de tus liebres, oh Diana,
 ida ya para siempre,
 con mucho de mi alma y de mi casa.

JUAN L. ORTIZ.



CANCION DE AMOR

Hemos vivido multitud de días con su dolorosa lumbre,
 hemos vivido multitud de noches tatuadas de estrellas,
 tanta felicidad junta hemos compartido
 que estamos temerosos de perderla,
 y nos sentimos indefensos y débiles
 ante el silencioso presagio que sobre nosotros se cierne.

El amor fué una destrucción total de nuestras vidas pasadas,
 un renacer de serenidad y de fiebre sobre envejecidas cenizas,
 una comunión total de nuestras almas que se tocan temblando
 y de nuestros cuerpos a los que un resplandor de carne los une.

Tus cabellos: de qué país de sombra nacieron,
 para esparcir sobre ti esa ola oscura de oscuro sentimiento!
 Tus ojos: de qué país de fiestas y de frutas,
 de qué tierra de júbilo donde nació la luz, la claridad, la estrella.

Tu frente, sobre la que mis dedos extendidos
 señalaron una ruta de paz hacia las sienas.

Tus mejillas: una leve alegría las roza,
 despacio, con temeroso temblor de dañarlas.

Tu boca: qué he de decir de tu boca pegada a mis labios,
 por la que hemos respirado el mismo ardiente y definitivo hálito.

Tu piel, tu piel sagrada desde la débil y rosada yema de tus dedos,
 desde la palma de tus manos, desde los tejidos dorados de tu estremecido dorso,
 hasta todo lo que en ti es infinito y luminoso
 y cubre la tierra y el espacio con su terrible entusiasmo.

Tu cuerpo!
 Ligeró, flexible y ágil,
 hermano del cielo y la brisa,
 compañero de estrellas y nubes!

Tu alma!
 Radiante, cercada del sagrado esplendor de los cálices,
 tu alma,
 como una corola que deslumbra!

Tengo miedo, Dios mío,
 de tanta felicidad junta!

ALEGRÍA

Aire de fruta y de primavera,
ojos azules rondan el cielo,
júbilo ágil mi carne morena.

Fragancia de tallos y raíces frescas;
en la madura estación del estío
el aire celebra su mágica fiesta.

Vibran los sentidos vírgenes y nuevos.
Hay alegría en todas las cosas
y renacen pieles y labios y nervios.

Tierra de todos el cielo amplio,
tierra de todos estrella ampara,
tierra de todos fervor de campo.

Serena dicha del pan que se parte,
del vino rojo que juntos bebemos,
de la alegría que se comparte.

Aire de fruta y de primavera,
ojos azules rondan el cielo,
júbilo ágil mi carne morena.

JUAN FUSCALDO



VISION

He visto un niño con un rostro lívido.

Parecía dejado allí por la luz que moría.

Sus manos pequeñas
estaban marchitadas como una flor de féretro.

Sus labios eran tan pálidos
que tenían un lejano brillo.

Y sus cabellos estaban erizados
como las olas de un mar desteñido.

Pero sus enormes ojos eran tan dulces,
que quedaron intactos vivientes en los míos.

Me miró largamente
con una mirada que sobrepasaba a sus años.

Y dos extrañas sonrisas
quisieron nacer en nuestras caras.

Pero yo ví en la suya un juguete cercano de la muerte
Y mi sonrisa reverberó un instante
y se hundió en una lágrima.

VOZ

Nadie oyó

la voz de un ángel que se acercó a mí,
y me brindó una corona

de rosas que coronó mi frente.

Mi alma estaba dormida en la cúpula más alta del cielo.
Dormida por la dulce voz del ángel.

SUEÑO

He tenido un sueño profundo.

En él dos ángeles de rostro perfilado.
Sus alas estaban cubiertas de estrellas de silencio.
Y una nube transparente dormía sobre su cuerpo.
Y danzaban a mi lado
indescifrables y pálidos.
Y su danza era un ritmo sobre las olas de un mar obscuro.

Carmen Miguens.



ordinario hubo de consultar a un especialista. Me encanqué, pues, del prólogo, en las siguientes condiciones: Del libro en cuestión no diría nada, puesto que nada podía decir de una cosa literariamente inexistente. De la producción anterior del Sr. Larreta, decía taras, también, dejándolas en discreto silencio; obras tales como "Zogahí", de un desecreto de concepción y de una flojedad de textura que no resisten al menor análisis; y "Linyera", melodrama, incongruente, balen por los cuatro costados; una y otra productos al parecer, de un escritor que no conoce a su país, que no sabe observar a fondo la realidad, que ignora los caracteres y los problemas propios de la sociología argentina, y que, moviéndose en un círculo social estrechísimo, tiene de la vida y de los hombres, conceptos lamentablemente pueriles.

Solo quedaba, pues, por tratar, "La Gloria de Don Ramiro", única obra de ciertas valerosas positivas, entre todas las que llevan la firma del Sr. Larreta. Aun respecto a esta obra existen opiniones negativas, llegando a considerarla, por algunos, como un pastiche histórico de dilettante. No comparto ese juicio, sin embargo, o mejor dicho ese prejuicio; pues, los que así opinan, sufren quizás un error de óptica: anteponen la imagen de Larreta a la del libro en sí, y de ahí que vean éste del tipo, por el mal concepto que tienen de aquel. A mí, "La Gloria de Don Ramiro" me parece un gran cuadro de época, acertado en sus caracteres, vigoroso en su dramática, y de un estilo puro que, al aplicarse a una novela argentina, llega en exceso purista y artificioso, sea forma perfectamente adecuada para la España del siglo XVI. Estaba así resuelto el primer problema: el prólogo versaría sobre esta única obra.

Pero se presentó, en el síndrome crítico, otro problema más arduo que el primero. ¿Cómo explicar la desconcertante contradicción, entre el acierto notable de esa novela hispana, y los desgraciadísimos desaciertos de la producción posterior del Sr. Larreta? Dos hipótesis, cabían a este respecto. Una, la corriente, supone que el Sr. Larreta no es el verdadero autor de esa novela, habiendo sido ella escrita (o arreglada...) por algún literato español de capa caída, que suelto sacrificar parte de su talento a esa industria de vanidad de americanos ricos. El propio Sr. Larreta, con sus yerros, se ha encargado de dar palido a esa versión, maleficiente. Yo, empero, no la creo. Prefiero mi hipótesis, no por más brujía menos verosímil. Es ésta: — el Sr. Larreta sería, efectivamente, el autor de la obra, pero la habría escrito en un estado especial de somnambulismo, semejante al de los médiums, y bajo el dictado de alguna entidad misteriosa, acaso su propio inconsciente... Y, resuelto así el segundo problema, (se non e vero e ben trovato), fui acometido

el prólogo de marías, tras los dorados velos del ensueño.

Más, enterado que fui el Sr. Larreta del contexto proemial, puso el grito en la Embajada, cayó dramáticamente sentado en su falso sillón de Santa Teresa, y entre un solenne estacado de pergamino, fulminó un telegrama conminatorio, retirando su libro cuya edición estaba ya avanzada. A fin de obviar a mis amigos, los editores, tropiezos graves, — y no teniendo yo concepto mayor en el asunto — convinimos en dejar el prólogo así efectuado. Así finó el conflicto; y así salió el libro, sin lo único que pudo haberle prestado algún interés intelectual.

Hay quienes opinan que el engrizado millonario se asustó al leer mi estudio crítico, comprendiendo que su pobre tomito aparecería, junto a él, mucho más menguado, si cabe. No se requiere mucha vanidad de mi parte, para aceptar por cierta esa causal, dada la futilidad del volumen. Pero no creo que su necesidad — que se engaña a sí misma — permita al potentado reconocer tal evidencia. Doy por más cierta la herida, de su soberbia, ante una crítica seria, donde no halló la adulación venal a que está hecho.

De "hostil" calificaba él ese prólogo, no obstante parecer harto generoso a cuantos lo leyeron. Pero está visto que no se puede tratar razonablemente con estos mandarines literarios, que viven enfatuados dentro de la atmósfera artificial de sus ponegrístas incondicionales, corteses de su poderío habituales y conformados al culto pomposo de las propagandas editoriales y periodísticas, que ya se sabe a que responden.

En cuanto al gran homenaje nacional y consagratario que algunos círculos adictos preparan al Sr. Larreta, carece al mi entender de trascendencia alguna. Lo mismo digo de cualquier acto análogo. La consagración de un escritor es la obra crítica del tiempo, no la imposición solenne de un homenaje. Si su obra vale, valdrá en definitiva, por sí misma, con o sin el aparato convencional de las coronaciones; y si la obra carece de valor intrínseco, permanente, son "al fudo" los homenajes pretendidamente consagratarios, vanidades y pompas de un momento.

DE ARMANDO CASCELLA.

Despedido ya, y quiera Dios que sea para siempre, de la era de las explosivas petulancias juveniles, estoy de acuerdo con muchos en que "La Gloria de Don Ramiro" es una obra muerta. En lo que ya no estoy de acuerdo es en que ese libro constituya un timbre de honor para las letras argentinas. Todo lo contrario. Para mí, "La Gloria de Don Ramiro" es un triunfo del espíritu hispánico, de lijana raigambre colonial, redivivo en el autor y en su libro mutismo. En una palabra, un símbolo actual, y ana-

crónico, del antiguo vasallaje. Bien mirado, el homenaje que se está organizando deberían efectuarlo en España, y realizarlo los españoles. (Es en broma, —y no es casualidad— un galateo innombrable es el promotor y factórum de todo ese fuego de artificio). Y una pregunta, al margen de esta última circunstancia: si Don Enrique Larreta no fuera lo que es, un gran señor, por sobre su condición de escritor, ¿habría adquirido el actual homenaje la proporción cósmica que es conocido? Sería cuestión de veros. Porque si se trata de un reconocimiento nacional, o estatal, de la jerarquía de un escritor argentino, habría que organizarlo de inmediato, para no incurrir en flagrante injusticia, homenajes sin más extraordinarios a Lugones, a Banchi, a Capevella, a Ibarquien, a tantos otros escritores vivos, activos, útiles al país que los sustenta y al pueblo que los admira.

Y ahora otra pregunta: ¿es qué se está por morir Don Enrique Larreta y se le quiere ofrecer un anticipo de lo que será el futuro y auténtico homenaje fúnebre? En estos actos de difícil y rebuscada solemnidad hay siempre una premonición de muerte. Y Larreta padece esa fatalidad: la de la vecindad de la muerte. Todo lo que a él se refiere, tiene un aire de cosa lejana, feneceida. Su mismo físico participa de esa tonalidad añeja, polvorienta, suave, hasta el punto de que su existencia mortal no es una cosa matemáticamente demostrada. Por mi parte, yo nunca lo he visto, y me cuesta creer que la figura austera, quieta—figura de álbum de antepasados—que me ofrecen sus retratos correspondan a alguna realidad tangible, efectiva.

Esa condición inquietante pesa sobre el espíritu mismo de Larreta. ¿Qué es lo que hay en él para que sólo acierte en la evocación del pasado, cuando más remota mejor? A veces pienso que es muy posible que al nacer, en el instante nebuloso de la reencarnación, le equivocara el alma la mano misteriosa que rige la alquimia de la metempsicosis, poniendo en el álbum de carne, tierra y rosada del recién nacido un alma joven, distante, de antigüedad medieval. Esto podría dar la clave de sus dos aciertos literarios: "La Gloria de Don Ramiro", "Las Dos Fundaciones de Buenos Aires", aquella novela de su juventud, "Arte mis", creo, y también la de sus evocaciones: "Zogobli", "El linyera", sus dos famosos intentos igualmente fallidos, de interpretación nacional.

Sin embargo, Larreta es tan gran escritor, —su prosa es de perfecta luminosidad, aunque fría y demasiado quemada, como las pupilas de los muertos—, es tan gran escritor, digo, que a pesar de que le fallan los ojos cuando quiere ver el presente, el propio "Zogobli" no hubiera parecido admirable, de no habernos dado Guiraldes el mismo año, con "Don Segundo Sombra", la inconfundible silueta de la

obra artística totalmente lograda. En cuanto a "El linyera", no tiene perdón. Reivindicado para mí el honor de haber sido el único crítico, en plena confabulación periodística, que dedicara tres columnas de agrio comentario a esa obra, en el mismo periódico donde, poco después, después dos columnas de elogios a "Las Dos Fundaciones de Buenos Aires". Todo en su punto.

EL GONZALEZ TRILLO-
L. ORTIZ BEHETY.—

Considerámoslo ridículo hacer un homenaje a una obra vacía de sentido y de significación, como la de Larreta.

Desde el "delella" de "La Gloria de Don Ramiro" hasta el "mal paso" de "Zogobli" (el resto no es más que una recopilación de artículos y discursos... centenas) la obra de Larreta es deplorable.

[Literatura argentina] (No! Le falta substancia; la fuerza de nuestra mística criolledad, que se aduna a la tierra para convivir con ella, humilde, débil).

CARLOS ALBERTO ERRO.—

Todo lo que en "La Gloria de Don Ramiro" es más digno de señalarse, todo lo que aparece, por decir así, en primer plano, puede explicarse cumplidamente, a mi juicio, por esta sola y sencilla circunstancia: Enrique Larreta es un hombre nacido en tierras que un día fueron coloradas: es un hombre que tiene, por lo mismo, un trozo insular de "bocas extrañas" que ha querido darnos una visión de ellas, de su gente y de sus cosas en determinado momento histórico.

La tierra es España y el autor que va a reflejarla no ha nacido en España; pero tampoco podría decirse que ha nacido fuera de ella, y no agregar nada más. No: el autor se encuentra en una situación peculiar, se halla en el trance específico de quien está vinculado a España por los lazos de la sangre y del idioma y pertenece a un país joven que ha ido alejándose de ella en muchos sentidos.

Puesto que descendiendo de españoles lleva en su espíritu, por razones hereditarias, un campo extraordinariamente propicio para revivir el embeleso, el odio a la pasión de sus mayores y, como consecuencia del vínculo racial que lo une a la cultura y la civilización de que estos fueron partícipes, tiene indiscutible aptitud para emocionarse y exaltarse a su contacto.

Pero, ¿quéralo o no, cuando se acerca a las cosas de España, no puede menos de reparar en que está frente a algo que ha perdido, que ha dejado de ser suyo, a pesar de sentirlo como propio. Es ahora un extranjero, un involuntario y asombrado extranjero. Y en ese encuentro suyo con este viejo paisaje cordial, por tantos años dormido en el fondo del alma y ahora ante

sus ojos, hay algo de la morosa embriaguez sensual que caracteriza a las jornadas de los amantes después de una larga desavenencia.

Lo que un hombre, en tal situación, diga de España, ha de diferir profundamente de lo que un auténtico español manifestase ante el paisaje de su patria. Lo que sienta y diga como algo natural, aquel tendrá que verlo y decirlo con cierta fruición y con el empaque artificio que proviene de intentar lo que en los otros es una manera espontánea, indeliberada.

Y así ocurre con Larreta. Su visión de España es una visión decorativa, más apagada a la pisteronea que a la substancial, más devota de la persona que del espíritu. El viejo e infantil espíritu de España, el espíritu de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de San Ignacio de Loyola, de Miguel de Unamuno, tiene un acento descarnado y trágico, un sabor a cosa agreste, una cierta "remisión de losques o de mar, radicalmente opuestos al estilo suntuoso y prolijo del autor de "La Gloria de Don Ramiro".

Todo americano que pretenda escribir sobre España corre el riesgo de caer, como Larreta, en el doble pecado de la lujuria y el amaneramiento. De mi parte sé decir que no puedo pronunciar sin cierta defecación, las veces más castizas de nuestra lengua y que los viejos jefes de España señen a todos como canchinos conocidos pero olvidados.

SALOMON WARNIR.—

Con excepción de algunas páginas de "La Gloria de Don Ramiro" y algunos pasajes de "Zogobli", la obra de Enrique Larreta será aminorada por el soplo justiciero del olvido.

Falta a su producción la exagerada del esfuerzo cuya finalidad se afirma en el calor humano y pujante de la vida misma.

Acaso su mérito de escritor radique en haberse ofrecido, hoy, algunos paisajes de la época de Felipe II, magro mérito, por cierto, frente a la obra que nuestros campos y nuestros propios motivos, reclaman, con exigencia desdosa, de todos los escritores del país.

Nada justifica, en puntual, la trascendencia ficticia de la obra de Enrique Larreta, como no sea el homenaje a una voz legendaria cuyo eco resuena en nuestros días.

LISARDO ZIA.—

Triste cosa es la vanidad en la vejez. La de los hombres de letras es por añadidura, ridícula, como la de esos cortos que quieren resucitar la belleza difunta mediante alfetes y perfumes. En la gran lección del tiempo que pasa, los años enseñan por lo menos la irreparable verdad del alorismo: "Vanitas vanitatum et omnia vanitas".

Sin embargo es una feria de vanidades la que se organiza ahora, con actividades de exposi-

ción comercial y con mucho de Luma Park, para exhibir entre anuncios vociferantes y laúvulos de utilería a un viejo producto literario que cumple veinte y cinco años de vejez. Su dueño quiere que se le diga, como al jibón Reuter: "Premiado en varias exposiciones".

La nominal Gloria de Don Ramiro, anda a tumbos por ese camino de penas. Ancianidad e inmutabilidad son términos muy distintos, pero el propietario de La Gloria toma el primero por el segundo. Su confusión equivale a trocar la vida viva de lo que no muere, por el aparente existir de las momias. Desde sus bodas de plata en adelante, La Gloria de Don Ramiro será de una ancianidad mortificada.

FAUSTO DE TEZANOS PINTO.—

Otra, la de Don Enrique Rodríguez Larreta, sin ubicación verdadera en época ni país alguno: ni siglo XVI, ni siglo XX; ni argentina, ni española, ni nada. Difícilmente se explica el porqué del homenaje oficial que se le prepara. Y menos se comprende la resolución del ministerio de Instrucción Pública por la cual las páginas lúbricas de "La Gloria de Don Ramiro" van a ser leídas y comentadas en los establecimientos de enseñanza adonde concurrirán miles de alumnos con la curiosidad natural de los quince años adelante.

[Homenaje conagratorio] (Pero conagratorio de qué? De la no existencia del señor Larreta como escritor? Pues entonces déjalo realzarse bajo el viento del año, y lo que lo prima, lo que hizo Don Ramiro fue matar a su progenitor. Ciertamente después presenciáramos algunas tentativas esporádicas de resurrección, pero todos los intentos para abandonar la posición horizontal fueran inútiles; y "Zogobli" le dio el golpe de gracia. Eso de homenaje conagratorio es cosa de funeraria en la que nunca se le ocurre pensar al escritor que se siente vivir en la moribunda inquietud del mensaje nunca integradamente transmitido.

Y la estatua de don Ramiro? Poca fe tengo en la eternidad de las que se fabrican con las migas sobrantes en los banquetes de política literaria.

La gloria de don Ramiro está resultando la gloria de don Dinero.

PEDRO - JUAN VIGNALE.—

Don Enrique Larreta es autor de dos protendidas novelas, algún drama posible, dos folletos de brinde y un artículo rellamado acerca de las fundaciones de nuestra ciudad. Su actividad social, su participación en la vida argentina, es nula. El país no lo conoce a Larreta, ni tiene poder hacerlo. Los escritores no le deben una sola iniciativa, porque Larreta sólo se ha importado de sí mismo, sin obra participativa personal, de su "Gloria". La literatura del país no le debe nada a Larreta, porque sus dos cuasi

novelas son forasteras: una por su tema, la otra por su visión. Es igual caso acontece con su drama: "El Inyera" es un tenebroso caso compuesto a la vejez humana, que no debe en manera alguna atribuirse representación nacional.

Don Enrique Larreta por su posición económica, por sus largos ocos, por sus costosas influencias personales, pudo labrarse un gran destino divulgando cultura europea y apoyando el desarrollo de la joven literatura del país. Pero nada de eso hizo. "La Gloria de Don Ramiro" y un sentido teatral de la vida le alejaron para siempre de toda posibilidad generosa. Y así le sorprenden veintidós años de literatura enteramente aislado y desvinculado de la vida y de los escritores del país. Porque las vinculaciones de Larreta con su patria son puramente económicas y también diría diplomáticas: ha logrado ser una figura representativa en el exterior, gracias a su diligencia personal; pero aquí, entre nosotros, donde la diligencia personal disminuye la estima, la calidad de su obra no ha conseguido suplantarla.

Con todo, Larreta representa una mentalidad muy frecuente en nuestro medio, y a la cual debe el país su desgraciada reputación de rasta en el mundo: la del intelectual que se gasta sus dineros visitándose con las "opiniones" de París y de Madrid, para aborrecer con ellas a sus compatriotas en un gesto parecido al del hombre que arroja mermelada a los perros. Es contra esa mentalidad mediocre que se yerguen los escritores nuevos de aquí, y el homenaje que se le tributa a Larreta es, así, uno de los últimos exteriores de ese espíritu de vasallaje, que Larreta encarna con estudiada distinción, y que la nueva Argentina repudia. El "Libro de homenaje", con sus cuarentiseis páginas de "juicios cotizados", será el documento más triste y desolador de esa servidumbre.

ARTURO CERRETANI.

Si es verdad que la dimensión de los "mestizos" se juega un poco por el número y la envergadura de sus discípulos, el caso de don Enrique Larreta es altamente significativo.

Quién escribió "La lámpara de arcilla" no puede dejar herencia, como tampoco puede tenerla quien escribió "La Gloria de Don Ramiro", o "Zogobí", o "El Inyera".

Estos cuatro libros se nos antojan de cuatro autores distintos, y quien pudo admirarlos aisladamente, se ve en la triste obligación de destruirlos en conjunto. (Y a los maestros se los admira y se los sigue cuando acusan un permanente y constante relieve de personalidad, no cuando logran un acierto aislado — que también don Enrique Larreta ha tenido).

Las grandes obras suelen ser frutos de "largo estudio y grande amore", mientras que "La lámpara de arcilla", "La Gloria de Don Ramiro", "Zogobí", o "El Inyera" son — al revés — los frutos de estudio largo, pero de pequeño amor.

LUIS EMILIO SOTO.

Sería de rigor el juicio si se tratara de celebrar aquí la obra de cualquiera de los coetáneos de Larreta: Payré, Longue, Quiroga, Lynch, Gálvez, entre los prosistas. Sus preocupaciones, nos son fundamentalmente familiares, bien que acaso nos separen problemas de técnica u otros puntos de vista. A través de los escritores citados la literatura nacional cumple etapas de evolución y perfeccionamiento. Por eso, juzgarlos es una manera de tomar posición frente a ellos y de definirse en tanto se los define: siempre están tramitándose los intereses de nuestra literatura.

Otra cosa ocurre con Larreta y, en particular, con "La Gloria de Don Ramiro", cuya gloria de un cuarto de siglo se festeja ahora. La generación actual hace acto de presencia en este homenaje como las marinerías de desembarco de los buques-escuela: en cada país que visitan, dejan una palma de flores naturales en el mausoleo del procer. Nuestra ofrenda queda al pie de ese mausoleo que es "La Gloria de Don Ramiro" dentro de la literatura nacional, especie de Escorial, si se quiere — ya que anda en juego la memoria de Felipe II. Impone la planta arquitectónica, es cierto, pero no hay como para disimular el padrido regio que oculta en sus grutas. También en la fábrica levantada por Larreta fermentan en descomposición, valores que han perdido ya su relieve, al punto de verse a flor y a las páginas ligeros que se eschupan y se apenan. Esas ornamentas ideales son las formas de expresión que han pasado del prestigio figurativo a la cristalización retórica, inerte, mineralizada: así la concepción idealizadora y sus ferminas escríptulos documentales; el purismo del estilo, el purismo y la pretensión arcaizante, y, en fin, lo que llamaremos el *barroquismo*. Ahí mismo, claro está, a la postura.

Larreta, barroquismo hasta la élite, fue fiel a la lección de Barrés: «vive lo que hasia más allá del lirismo».

De la mano de este Virgilio, nuestro autor baja a las profundidades de España, en cuyas visceras entonces se enquistaba la piedra del monasterio escorialense. (Rene Schuyb no hace mucho, nos ha demostrado que dicha piedra contiene subteje). Y entre las murallas de Avila sorprende los pasos de Don Ramiro. Guía y discípulo sienten el espíritu enhebrado en una plica interior que es la misma: el individualismo. Por dentro arde el analista, el *amateur* de almas; la llama que lo devastaba denominamos crisis de sensibilidad y su excusa literaria *nilhilismo*, culto del go. "Aristocracia de los nervios", la califica Bourget, padrino de letras de Barrés. Pero éste deja a un lado lo pintoresco, le preocupa lo esencial de España y orienta sus pesquisas hacia ese rumbo. En el fondo, es el problema que se movió en el espíritu de nuestro autor la haya superado, digase lo que se quiere.

Literatura y nacionalismo apañados, Barrés, hi-

jo da Lorena, acude a la España de la Contrarreforma, en procura de un orden y una disciplina. Necesita estímulos para la imaginación, pero también para la voluntad. Sólo el Greco y Loyola — piensa — son capaces de hacerle recobrar el centro de la vida espiritual y de ponerlo a cubierto, a fuerza de contraste, de las "nieblas germánicas". Maritain, vincula a Lutero con el advenimiento del "yo" y tanto éste como su muerte, el idealismo subjetivo, — lo sabía Barrés — eran sugerencias del otro lado del Rhin. No importa que después todo se resolviera en una lucha más que espiritual, estéril, entre el contemplativo y el hombre de acción, entre el ideólogo y el diputado. Nos interesa aquí Barrés como jefe de ruta espiritual a lo largo (a lo hondo, mejor) de España y, singularmente, en aquellos tramos por donde más tarde Larreta discurrir a su zaga, a sabiendas o no.

Entre tanto ¿cuál es el resultado de las extracciones que Larreta practica en la misma época, en los mismos estratos del alma español? ¿qué impulsos latentes lo mueven? Larreta paga su tributo barroquismo al ubicar la acción de su novela en el ambiente de Felipe II, el monarca del "delirio melancólico", según palabras del propio Barrés. Un lector de "La Jaula de Absenteo" no podía menos que temer para esasay variaciones de complejo y sutil psicologismo. En cuanto a los amores de Don Ramiro y Aixa, los amores, corresponden en la visión de Barrés a lo que llama "el sobrio diálogo entre la cultura crítica y la cultura árabe". Este conflicto, en realidad, es el núcleo que informa la ficción y el único que importa. No así el arcaico eruditismo de las disquisiciones más o menos teológicas que abundan en fusión de realismo. Con solo, es en el elemento estético por definición, en la expresión cálida y duetizada, en el "idioma de artista o de artifices", como decían los críticos de entonces para encarecer y escalar mayor lustre al elogio. A ratos cae en cierta prosa de grifigélico, congelada de puro amaneramiento, pero son los menos. A veces también el libro avanza desliziándose sin motor. Cuando esto sobreviene, cuando no hay novela, sea por falta o por fracaso de composición, sea porque la acción que en la cronica. Larreta saba la plaza, por lo común, gramin, al precepto de Barrés: "El arte de escribir debe satisfacer esta doble necesidad de música y geometría que llevamos".

Si hasta acá Larreta se muestra barroquismo, en adelante deja de serlo. No porque resuelva enderezar por vía distinta, sino porque se detiene y estaciona. "La Gloria de Don Ramiro" comienza ese momento en que hasta ahora su autor la haya superado, digase lo que se quiere.

ra. ("Zogobí", aventura frustrada, de la que nos ocupamos oportuna y prodigamente, no nos dejará mentir). Acaso dicho renunciamiento a integrar el proceso de Barrés, respuesta al hecho de haber obtenido un éxito tan clamoroso, recinto dentro del cual vive cautivo desde entonces. La fase inmediata al desmoronamiento de orden estético, lo llevaba a nuestro novelista dislocándose — si cabe hablar así — a vencer el individualismo. Infranquear la sensibilidad y sus fosos, encontrando por último un acceso a la realidad exterior, algo semejante a lo que ha sido para Barrés "el espíritu de la época" y su muerte.

Con esto hacemos pie en la razón de ser de la presente nota. Pues, el desmoronamiento del conjunto social y del espíritu de la época, no podía traducirse sino mediamente en un retrato de Larreta a América, a su tierra natia. Hubiera sido así devuelto al *humus* natal donde el creador, cualquiera sea el orden de realidad que aborde, tiene reservadas fuerzas y levedad. Principalmente el novelista.

Cuando Don Ramiro llega a América es para terminar sus días: esa es su conquista. Sin embargo, Don Ramiro personifica al conquistador y su llegada al Nuevo Mundo abre una perspectiva que nos atrape por sobre todo. Larreta no la ha interpretado en el transcurso de este cuarto de siglo, no obstante sus recursos de artista y su notoria calidad. Por el sentimiento americano y, especialmente, el achi, la novela referida concluye en el principio.

Esa literatura vive con los poros tapados a la realidad nacional. "La Gloria de Don Ramiro" no forma parte de nuestro patrimonio cultural, sino meramente de la cultura de los rebucos alrededor de la conciencia colectiva, al acervo de la tan traída y llevada generación española del 98. Se ha incorporado a nuestras letras naturalizándose argentinas, no hizo nuestra emoción estética sino nuestra emoción 12 de Octubre. Larreta y Reyes, ambos desarralgados por sensibilidad, he ahí dos destinos paralelos en la literatura del Plata.

Por eso hemos dicho antes que este homenaje daba margen para expresar un testimonio. "La Gloria de Don Ramiro" es fuerza de nuestro dominio sensible: como novela histórica y como concepción creadora. Mientras la inquietud del día gira en torno a la lucha de la espiritualidad y la creación, mientras dice, "La Gloria de Don Ramiro" representa la reconstrucción arqueológica. Y los valores formales? se dirá. Esto resulta subterfugio al lado de aquello. Corres de cuentas con nuestra tierra, y con el hombre que quiere esclarecer su sentido. Esa obra permanece acá aislada del contorno, incommunicada, algo así como la garabilla "Santa María" reconstruida y expuesta en el "Japón Michigán". Por muy digno de consideración que sea un esfuerzo tan laborioso, para nosotros es una curiosidad narrativa.

SOCIEDAD AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE

En breve aparecerán reunidas en sendos tomos, magníficamente presentados, las últimas obras de César Tiempo, Francisco Espinola (h.) y Samuel Eichelbaum. Si nos envía su adhesión antes de fin de mes, la "Sociedad Amigos del Libro Rioplatense" le reservará ejemplares de esas obras, — que no serán distribuidas en librerías —, expresamente dedicados por sus autores.

EJEMPLARES APARECIDOS:

César Tiempo: **SABATION ARGENTINO**
Samuel Eichelbaum: **EL VIAJERO INMOVIL**
Francisco Espinola: **SOMERAS SOBRE LA TIERRA**

PARA SER DISTRIBUIDOS:

Vaz Ferreira: **SOBRE FEMINISMO** (agotado)
Enrique Larreta: **CENIZA**
J. Zavala Muñiz: **LA CRUZ DE LOS CAMINOS**

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 2.— m/n.

Envíe su adhesión a la Administración de "Poesía", especificando a nombre de quién deberán ser dedicados los ejemplares suscriptos y la dirección precisa para su remisión por correo.

SEMBRANDO CULTURA

200.000 libros al precio único de

\$ 0.80

CADA TOMO

Alentados por el favor que nos han venido dispensando, continuamos nuestra GRAN LIQUIDACION DE LIBROS a \$ 0.80 cada tomo.

sección especial que a tal efecto hemos creado en nuestra casa. Obsequiamos a todo comprador "Máximas y pensamientos sobre el libro".

SOLICITE CATALOGO GRATIS:
contiene más de 2.000 títulos de los más selectos autores nacionales y extranjeros.

Librería de A. GARCIA SANTOS

MORENO 500

BUENOS AIRES

TONICO HISTOL

RECONSTITUYENTE GENERAL

LABORATORIOS "HISTOL"
Buenos Aires

ALSINA 2676
U. T. 47-7582

NOTAS: I - Acerca de la Inspiración

El hombre adquiere bien pronto la singular costumbre de referirse a la existencia misma de sus acciones para justificarlas, de tal modo que su esfuerzo de comprensión se concentra, no sobre sombras que lo devoran, sino sobre la naturaleza de sus efectos. El anatomizar un cuerpo delicado no significa en modo alguno analizar el problema de su energía. El *cadavre exquis* de la Poesía nunca ha reaccionado ante los bistris que los técnicos pasaron a través de sus curvas; para gozo nuestro acaso destierren, cubiertos de esa sangre de la que para lavar una sola gota no bastaría, al decir de Lautremont, toda el agua del mar.

No ambiciono arrostrar semejantes peligros. No pretendo forzar los secretos, sino penetrar las enseñanzas. ¿Es posible que los poetas no hayan jamás presentado la naturaleza de las operaciones secretas que se elaboran en su seno? Y, lógicamente, ¿se puede afirmar que no existe en todas sus obras la paludaria, concientemente pronunciada o no, — es decir de abrir la puerta eternamente cerrada del Acto puro? A pesar de todo, estoy convencido de lo contrario; pero noto también que los índices reveladores se refieren en general a la inspiración más que a los seres que ésta engendra. Tan cierto es que, aunque las condiciones del poema pueden precisarse, la naturaleza es siempre imprevisible y atrabiliaria. El que llamamos autor no siempre es el menos turbado por las aparición de nuevas entidades, que han visto la luz a través de él.

Los poetas antiguos no explicáronse gran cosa acerca de su propio genio: lo admitían como un don, seres predestinados cuya figura parecía trazar un surco en el infinito. La muchedumbre callaba, acurrucada sobre los pargones de los jardines, para escuchar los acentos de esos hermanos inmóviles y levantes cuyo oído percibía los puros acentos de los Dioses.

Hasta tanto los hombres juzgaron la facultad poética como una gracia, como un don, asignándole un origen objetivo, no se preocuparon en construir una psicología de la inspiración. Las musas, para los enamorados de lo absoluto, descubrieron los cielos de su seno.

"Cualquiera que se aproxime a las puertas de la poesía, sin que las musas le ayan infundido el delirio, persuadido que el arte es suficiente para hacer de él un buen poeta, permanece lejos de la perfección, y la poesía del buen sentido es aniquilada por la poesía de la inspiración" (Fedra). Tan sólo el divino Platón, con pluma negligente y parcial, fijó este punto de divergencia entre dos formas de expresión, que se opusieron en el transcurso de los tiempos con tan hermosa violencia, que, de Racine a Hugo, la inteligencia y la pasión se facilitan respectivamente el contrapeso de un siglo y medio de dominio.

Hubo un periodo en que prevaleció la tendencia a interrogarse, que manifestaban los poetas, acerca de su poder; quisieron a un tiempo conocer su origen y su alcance; la asistencia de las musas no constituía ya una explicación satisfactoria. Estas deidades se vengaron de la afrenta, sembrando la discordia entre los infelices: habláse de plena conciencia, a propósito del trance poético, y otros hablaban de delirio.

Bajo la influencia de esta antinomia no podía tardar la elaboración de métodos contrarios, cuyo rigor domina y separa hoy los espíritus más naturalmente sedientos de revelación. En efecto, se nota que desde Baudelaire y Poe hasta Mallarmé, una corriente — de la cual el autor de *Charmes* ha corregido y enunciado claramente las tendencias — incita a los escritores a no preocuparse sino de una tenaz y perfectísima atención, mientras los poetas surrealistas, herederos de Rimbaud y Lautremont proclaman, en cambio, que el secreto de toda creación reside esencialmente en el estado de ensueño, que representa, precisamente, el punto culminante de desinteresarse del espíritu humano puede normalmente alcanzar.

El hecho de que estas dos familias de poetas, por sendos ramos distintos, alcancen una misma realidad, es de tal naturaleza que resulta bastante perturbador para el observador imparcial. Si este medita con alguna solitud, se dispondrá a pensar que sus métodos, en apariencia tan diferentes, deben ser, por el contrario, colindantes, porque determinan el mis-

mo estado de conciencia y la aparición de un idéntico poder.

Las tinieblas intelectuales en las que se engendra el inaudito nacimiento del poema, abandonarán algo de sus sombras, si se examinan estos contradictorios secretos.

André Breton sistematizó una idea, evidentemente expresada desde que la humanidad existe y piensa; pero supo destacarla, deduciendo de ella las más hermosas consecuencias. Los innovadores no obran diversamente y su genio reside en realizar valores que antes pasaran inadvertidos.

Mucho antes de que Freud lo probase sabíamos, se comprende, que el espíritu humano no está limitado a aquel centro que de buenas a primeras parece determinar sus actos; pero nos sería casi permitido escribir que el descubrimiento de lo inconciente data del siglo XX, si con ésto entendiésemos decir que rompiendo entonces el cuadro de las hipótesis filosóficas, lo inconciente hizo su aparición en el campo práctico de la ciencia y de la poesía.

La teoría de la inspiración, que en la actualidad es posible deducir del surrealismo, se enlaza con la supresión de las facultades llamadas concientes, con el propósito de hallar un absoluto espiritual cuya noción parece netamente derivada de la concepción hegeliana de *Espritul Supremu*.

Lo inconciente es concebible únicamente en relación con una zona que se le oponga y lo determine como propio o contrario; pero si ésta zona desapareciera lo inconciente no sería más tal cosa, y se convertiría en una realidad espiritual ilimitada, cuyo atributo, fácilmente se comprende, sería la infinita conciencia de sí misma.

Quiera el lector imaginar por un instante su espíritu como un círculo ideal cuyo centro sea la imagen de su conciencia, y las zonas comprendidas entre este punto central y los límites de la circunferencia el reino puro de su inconciencia.

Fácil es pensar que la supresión de este centro de conciencia hará realizar al hombre la totalidad de su espíritu. La más grande libertad y el más grande poder deben resultar de esa operación intelectual, porque también el

círculo de que se trata se revela sin un límite: su centro se concentra en cualquier punto y su circunferencia en ningún lugar. Por consiguiente el poeta debe alcanzar, con la destrucción de su propia conciencia, la gracia misma de Dios.

¿Cómo entender de otro modo las palabras de Rimbaud: "El primer estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio y total conocimiento... se trata de hacer el alma monstruosa" (*Lettre du Voyant*)?

André Breton no pone en duda que la realización de esta conciencia absoluta sea el fin normal de la humanidad. El hombre, preso entre sueño y vigilia, oscila desde la conciencia que lo limita hasta el sueño que lo libera. El estado de inspiración es una lisonja de la omnipotencia que se quiere conseguir: "es necesario asumir mucha responsabilidad si desea establecerse en esas remotas regiones en las que al principio parece que todo deba marchar tan mal y sin con mayor razón al querer conducir a alguien. Además, nunca se tiene la seguridad de haberlo alcanzado totalmente" (*Manifeste du Surréalisme*). Y Breton propone la escritura automática como uno de los medios más eficaces de componer prescindiendo de "nuestro genio y nuestra capacidad". Eludido así todo control de potencias lógicas, el poeta escribe en un estado de inspiración cada vez más perfecto. La mano corre sobre el papel a una velocidad prodigiosa, que es la velocidad misma del pensamiento; los sentidos permanecen sumergidos en un profundo sopor; la ilusión del yo se disuelve a favor de un reino más vasto; el papel se ilumina con imágenes que por sus inesperadas relaciones traducen la unidad del universo finalmente apreendida en una aurora espiritual cada vez más violenta.

Este modo de concebir la inspiración es el que más se acerca al que los antiguos conciben seguirían. Las sibilas decían sus oráculos en estado de "trance", y a los poetas se los llamaba divinos. El romanticismo se asoció en parte a esta tradición, que Rimbaud y Lautréamont vivificaron con todo el fuego del genio. Un grupo de poetas es, finalmente,

depositario de la maravilla, y no teme preveer los más deslumbradores milagros.

En una época más reciente apareció, en el campo literario por lo menos, la teoría — cuyas raíces penetran en el siglo XVII francés — que es la antipoda de esta concepción. Cuando Baudelaire declara responsabilizarse de la tarea de enseñar en veinte lecciones el arte de verificar, y cuando Poe, en su *Filosofía de la Composición*, desmonta pieza por pieza su poema más célebre, pretendiendo que todas sus bellezas no son otra cosa que el resultado de fríos cálculos, el lector tiene derecho a pensar en supuestas paradojas. Pero esta opinión debe dejar paso bien pronto a una reflexión más ponderada.

Si recurrimos a la imagen que nos ha servido anteriormente debiéramos admitir enseguida que la supresión del centro de conciencia ha permitido al poeta realizar el mundo infinito de su espíritu; un método completamente opuesto le facilitará el medio de alcanzar una semejante grandeza: antes bien que llevar a la supresión del punto central, este método le asigna tal importancia, que este núcleo acaba con rechazar las fronteras de lo inconciente hasta hacerlas desaparecer, incluyéndolo poco a poco en su ilicido dominio.

Este enajenamiento progresivo del centro de conciencia será la consecuencia de una atención implacable y voraz, cuyo objeto poco importa, porque el único fin de esta atención es la intensidad misma. Esta inmensa luz se extenderá muy pronto hasta alcanzar la totalidad del espíritu. Los límites de la conciencia serán los del círculo ideal que estableciásemos como hipótesis: habrán desaparecido.

En un cuento titulado *Berenice*, Edgar Poe — maestro indudable de Baudelaire, Mallarmé y, por lo tanto, de Valéry — puso en boca de su héroe una confesión que confirma de feliz manera nuestras observaciones. Stéphane Mallarmé, en su gran poema que expresa y resume la idea que persiguió durante toda su vida, dice: "Un coup de dés jamais n'abolira le hasard". Simbolizaba con este juego el pensamiento puro que es número por excelencia; proclamaba trágicamente la bancarrota del espíritu humano, incapaz de llegar a la conquista

de sí mismo. El fin que se había propuesto no era acaso alcanzar una conciencia absoluta que le permitiese pronunciar el poema o, mejor, la Palabra que esperaba Dios en respuesta de su Verbo? El hecho de que Mallarmé se haya dedicado a ajustar su propio pensamiento a los ritmos tradicionales, en una época cuya orgullosa pretensión fué la de haber creado el verso libre, prueba hasta qué punto le importaban las limitaciones, por lo que servían de estímulo a la facultad de la atención. Y así hoy Paul Valéry no se cansa de celebrar la virtud de las reglas, por absurdas que parezcan. Cree que la plena conciencia se confunde con el estado de inspiración: "La verdadera condición de un verdadero poeta difiere fundamentalmente del estado de sueño" (*Varicé*), escribe. Y todavía más: "...yo nada veo en el plano espiritual, ninguna creación o hallazgo, que pueda ser preferida a la soberanía de la conciencia y al gobierno de la atención" (Respuesta a la encuesta acerca de la idea de Revolución, iniciada por la revista *Signaux*).

De esta manera los dos métodos exactamente contrarios en sus medios, se reencuentran por oposición en sus efectos. El primero anula el centro de la conciencia a beneficio de la expansión ilimitada del espíritu; el segundo acrece el centro, y le hace devorarse sucesivamente las zonas que lo delimitaban hasta hacerlas desaparecer ante su expansión. De este modo conciencia absoluta e inspiración se convierten en sinónimos, y representan un mismo fin hacia el que confluyen estas dos métodos contrarios.

La obtención completa de su finalidad se hace, por definición, imposible; sólo será posible acercarse, más o menos. De donde la trágica exclamación de Mallarmé y la tendencia a desplazarse del campo poético que hoy encarnan los poetas surrealistas. Los libros del Oriente, por otra parte, nos enseñan así mismo que: "En la verdad absoluta no cabe ni la palabra ni el pensamiento. La verdad suprema supera todo aquello que fuere manifestación fenoménica; siendo que no es ni enseñada ni conocida" (*Madghamakaraviti*). En consecuencia, el fin lógico hacia el que se encaminan estos escritores no es otro que el silencio. No

nos maravillosos más del silencio de Rimbaud ni del silencio de Mallarmé, que consideraban a sus poemas como garabatos —griffonnages— para probar la pluma, mientras jugaban con la fantasía en una obra irrealizable. Comprendamos el silencio de los surrealistas, no desdeñen frente a la expresión literaria, y no nos sorprendamos en manera alguna de oír a Paul Valéry calificar de simples ejercicios a sus poemas.

Debo agregar, por fin, que el esfuerzo de los místicos, cuyo parentesco con los poetas no hay por qué volver a apuntar, corrobora singularmente estas ligeras consideraciones. Oltramare, en su notable obra sobre el Budismo, nos enseña que la *iluminación* puede alcanzarse con dos métodos: el uno consiste en la "aplicación del espíritu a un sólo objeto" con la ayuda de una atención siempre tendida y despierta; el otro prescribe sucesivamente la supresión del deseo, de los sentimientos afectivos

y del pensamiento discursivo: "Libre entonces, el ser vive en un mundo que nada tiene de común con el mundo de las formas y los fenómenos. Se expande inmensamente en el espacio infinito, en la conciencia infinita, en un estado de espíritu en que ya nada existe, en lo absoluto, en fin, en una obtención suprema para lo cual las palabras conciencia o inconciencia son igualmente inadecuadas" (La *Théosophie bouddhique*).

La identidad de los estados perseguidos con estos métodos de tendencia tan divergentes, explica la simpatía, bien pronto renegada, que unía en el comienzo de su carrera a poetas como los que militan junto a Paul Valéry y entre los surrealistas. Estas notas, en fin, quieren proyectar alguna luz sobre la profunda y sucinta frase que puede leerse al frente de los diarios íntimos de Baudelaire.

A. ROLLAND DE RENEVILLE.

II - Los versos de Juan Fuscaldó

Hablar de Juan Fuscaldó es hablar del perpetuo milagro de la poesía adolescente. Hay algo de magia en la creación poética, y cuando el poeta nace y revela su impresión del "mundo de los vivos" se siente la presencia del milagro, con todos sus símbolos y su ardiente evocación de palomas radiantes, brillo de espadas y corolas y muchas luces que andan por el cielo.

"Hallazgos", "Experimentos" diría Bacon, pero hay algo de tanta trascendencia vital, tantos espectros de una vida nueva extraída de lo más profundo de los órganos —latidos, nervios, fugaces vibraciones de los tejidos, el tenue deslizamiento de las células, hasta borborismos quizás— que se crea una punzante realidad avasalladora que nos devora como nosotros devoramos los sueños.

La vida de Juan Fuscaldó es una novela. Pero mejor es hablar de los sueños y los sentimientos de un poeta más que de su vida. Solamente diremos que a los doce años Juan

Fuscaldó tenía un solo deseo: ser misionero. A los doce años se encuentra en Italia, solo y errante. Entra en San Lázaro. Quiere que lo manden al Asia, a los lugares de la peste terrible, y lo preparan para la misión. El único anhelo de su vida es el sacrificio. Sabe o adivina, mejor dicho, que esa es la única felicidad de la vida, no solamente por los seres a quienes amamos y con quienes compartimos la alegría y la pena, sino el sacrificio por todo lo humano, la piedad desnuda por todas las cosas, la emoción religiosa de sentirse ligado a las otras vidas sufrientes. Retégase: Consustancialización absoluta y retórica por la que se adema el espíritu y el pájaro, la piedra y la raíz, el ojo de alondra y la piel de la víbora.

No quiero conocer el país de la angustia, se titula el libro de poemas de Juan Fuscaldó. Una estremecida alegría de pies ligeros y ojos diafanos. Una continua vibración que torna luminosa la atmósfera y llamarada

a la estrella y amigos los rostros. La tristeza para los griegos era algo sucio y repugnante, una torva sombra que cubría las almas malditas, la amenaza del más terrible presagio. En cambio la alegría: Alondra, pájaro, ánima de luz y fruta, gracia. Así la siente Juan Fuscaldó en su libro y vive en la intimidad de los días de cielo ancho y luminoso, de los colores profundos y del temblante resplandor de la flor y la fruta. Juan Fuscaldó tiene ojos negros profundos, voz emocionada, carne temerosa. Su poesía es un reflejo de lo físico, de la materia radiante.

"No quiero conocer el país de la angustia" es un deseo terrible de adolescente. Pero después viene lo trágico. El poeta, a pesar de su anhelo va descubriendo poco a poco el país de la angustia donde hay ojos muertos y escamas monstruosas y crueles corolas amarillas. Esto no es nada si tenemos en cuenta que Juan Fuscaldó contó una vez su muerte: "Después un hombre comenzó a clavar la tapa del ca-

jón. Cada martillazo parecía hundirse en mi carne. Primero llegaron a mí unos golpes vibrantes, después un martilleo sordo que se fue apagando y quedó envuelto en un lento rumor, entre sombras".

Feliz milagro y serena presencia de la dicha poder compartir el secreto de la poesía y emocionarnos, bajo todos los cielos, con unas palabras que apenas nombran o con un balbuceo. Con viejas palabras de los himnarios, de los libros sagrados, de los cantos de amor de los hindúes, de los cánticos rituales del Tibet, de las canciones de amor de las circasianas o de la viviente poesía de la blanca tierra de Lituania, del manajo de "lunas" del Japón, de las canciones sagradas del Camboye y de las canciones negras. Y la innumerable poesía de muchas almas sacramentalmente custodiadas y que tienen algo de místico, de angélico, de "otro mundo".

E. GONZÁLEZ TRILLO. - L. ORTIZ BEHET.

III - La poesía de J. L. Ortiz

Juan Laurentino Ortiz, no obstante ser un poeta entrerriano, ha logrado esquivar dignamente la tradición épica y cerril a que rigen consignados los escritores de su calmosa Provincia. Su literatura contemplativa nos ofrece un Entre Ríos que no es la conchabida tierra del riesgo y de la acción, que no es la rectitud comarca del heroísmo normal y del homicidio intensivo. Ortiz, sin preocuparse de buscarle entronque a su literatura, ha desafiado estos fervores excluyentes y estas enfáticas limitaciones: sabe que el heroísmo es una calidad y que, por serlo, se da con independencia del medio topográfico y de las jurisdicciones provinciales...

Esa estonación bravia de la lirica entrerriana no es la predominante ni es la única. Si bien es cierto que Hugo y su Andrade le facilitaron una retórica que hizo escueta, no es menos cierto que ya el segundo Carrigero, el de voz tranquilizada, consiguió librarse de ese

fatalismo estético. Tal corriente de epicidad es más bien un hallazgo reciente, una ocurrencia. —la única— del criollismo postumo y de los poetas nostálgicos de montes, crines y patriadas. Estonación actual que algunos asimilan a la épica y yo a la extrema elegía.

A Juan L. Ortiz el mundo le parece una excepción hermosa, un obsequio extraordinario, una cortés inesperada, una rareza perdurable. Lo contempla con asombro, vale decir, con predisposición poética y con ánimo alucinado. Esta extraneza de la realidad es lo que llevó a Rimbaud, —en otras esferas de la lírica— a preguntar por un ausente mundo espléndido.

Ortiz adopta una actitud extática, un aire pasmado y calmoso frente al paisaje de su provincia y frente a las suaves alusiones del misterio cósmico. Se identifica con las tierras, los cielos y los árboles de su contorno vital, y entrega su go a esa totalidad superior, a

esa unidad suprema, en cuyo seno desaparece el tiempo y se disuelve el ser. En ese ofrecido instante, en ese momento sobresaltado y solo, la vida se introduce en lo vivido, y el contemplador logra distanciarse del mundo de lo relativo y del ámbito de lo meramente racional. De tal modo, la persona expectante consigo su humildad y sobreleva ese delicado "sentimiento de dependencia" que han descrito algunos místicos.

La obra lírica de Ortiz no es objetiva, no se apoya en un compartido mundo usual, pero tampoco es confesional o biográfica. Es, en cierto modo, un compendio de momentos extáticos y de calmosos estados de ánimo. Despojada de todo color local y de toda interacción realista, se mantiene en un puro y purísimo presente, en un presente suave, absorto y casi eternizado.

Hay en "El Agua y la Noche" más delicadeza que intensidad, más sentido mágico que propensión al patetismo. La íntima tensión de esta poesía queda supeditada a cierto sentimiento de pudor y a cierto anhelo de sobriedad interna que son las mejores características de Ortiz. Lo temporal no gravita en el espíritu de este hombre retirado y lento. A la situación crónica de los destinos —parado y porvenir, movimiento de recuerdos y esperanzas— prefiere la natural eternidad de las cosas.

Hay en los versos de "El Agua y la Noche", cierta recatada delectación panteísta que de ningún modo puede relacionarse con el virulento fervor cósmico de algunos líricos uruguayos.

Ortiz, con verdadera elegancia idiomática y con una maestría que no desconoce los mejores legados simbolistas, bellamente nos sugiere mediante la presentación de tiernos colores, al mismo tiempo que sortea las impresiones de volumen, las formas recortadas y precisas.

La estética de Ortiz se apoya casi exclusivamente sobre la sensibilidad, y aspira a expresar una abarcante síntesis cordial, un complejo que, en última instancia, es unitaria ternura. Lo cual quiere decir que su estética desemboca en la ética. No puede ser otra la posición espiritual de quien se mantiene atento a las finezas de la realidad, a las entredanzas

dulzuras de la tierra y el cielo; de quien, agraciado de unas ricas soledades, puede comunicarse a cada instante con lo más suave y secreto del cosmos. Ubicado en ese ángulo de contemplación, Ortiz ha logrado perfeccionar sus contactos con el misterio y sus arroamientos temporales. Estos son favores que solo alguna profunda noche estrellada me concedió...

Excepción hecha de algún poema que nos devuelve la vaguedad crepuscular y los complejos colores manejados por Juan Ramón Jiménez, puede afirmarse que "El Agua y la Noche" es libro revelador de una personalidad diferenciada, límpida y neta. Mejoremos esta página con algunos de sus versos:

"El sol y el viento, solos, sobre el pueblo".

"La felicidad venía
de doble sombra callada".

"Como un mar
la muerte viene del sur y anda en el sol".

"El mundo es un pensamiento
realizado de la luz".

"Otras. Otoño, alabran la dulzura
de tu adiós con rosas; con rosas o con nubes
tu melódica ruina, la pureza imposible
del rocío..."

"El Agua y la Noche", es un límpido compendio de estados de alma, de ambientes alucinarios y de serenos paisajes. En alguno de sus poemas está el campo humilde y vistoso de mi Entre Ríos. Ortiz nos enseña una provincia de intimidad tranquila y confidencial, una provincia cuyos apacibles campos trasuntan un sentido casi religioso. Claro está que dicha visión poética se mantiene a distancia de los desgarrados y violentos panoramas que nos impulsaron algunos apesadumados cultores de la épica de entrecasa y del lirismo cerri. Al margen de tales convenciones ha sido escrito este válido libro, este libro tan caente de ambiciosos símbolos como despojado de efectismos crasos. Lo considero una de las más puras realizaciones poéticas de nuestros últimos años.

CARLOS MASTRONARDI.

SUSCRIPTORES EXTRAORDINARIOS

ABOGADOS

Dr. BARTOLOME J. RONCO
Estudio Jurídico
AZUL (F. C. S.)

Dr. ALBERTO GALMARINO
de 14,30 a 18 horas
RIOJA 1309 U. T. 45-3509

ANTONIO MANUEL MOLINARI
FLORIDA 251 U. T. 33-6371

Dr. MARIO A. DE TEZANOS PINTO
TUCUMAN 1110 U. T. 35-2379

Dr. HORACIO J. MONTENEGRO
TUCUMAN 1110 U. T. 35-2379

Dr. ARTURO BARCIA LOPEZ
TUCUMAN 1853 U. T. 38-6471

Dr. EMILIO LEVERATTO
HUMBERTO 1.º 826 U. T. 23-5317

Dr. EDUARDO ARAUJO
LIBERTAD 257 U. T. 35-2333

Dr. ERNESTO LACLAU
del N. Banco Italiano
Av. R. SAENZ PERA 615 — U. T. 35-3964

MIGUEL Y MAXIMO BOMCHILL
Av. R. SAENZ PERA 530 — U. T. 33-6626

Dr. RICARDO PARODI
25 DE MAYO 145 U. T. 33-6923

Dr. PEDRO LOPEZ ELITCHERY
PUEYREDON 1080 U. T. 41-4144

ARQUITECTOS

J. M. ACEVEDO
Ing. Civil
THAMES 2246

JORGE BUNGE
Estudio:
CORDOBA 991 U. T. 41-5529

MEDICOS

Dr. AUGUSTO GANDOLFI HERRERO
Reumatismo
CORDOBA 1237 U. T. 44-5738

Dr. JUAN NAIM
Enfermedades de las vías respiratorias
CORDOBA 827 U. T. 44-5716

Dr. FLORENCIO ESCARDO
Niños
CALLAO 433 U. T. 38-3718

Dr. OSVALDO LOUDET
Nerviosas
AYACUCHO 652 U. T. 47-5330

Dr. RAUL PIETRANERA
Maternidad
AZCUENAGA 1268 U. T. 44-4557

Maternidad Colonial
JEFE: Dr. STAGLIANO
Obstetricia y ginecología
LANUS U. T. 158

Dr. FRANCISCO LOMBARDO
Nerviosas y mentales
HIDALGO 1775 U. T. 54-4487

ALFREDO O. RAFFO
CHARCAS 738 S. JUAN 2706
U. T. 31-0620 U. T. 45-2336

Dr. EDUARDO AMORETTI
Oculista
CORDOBA 879 U. T. 41-0362

Dr. MARIANO BARILARI
LARREA 1277 U. T. 44-1749

FOOTING

Se necesita joven rubio, alto, culto y tolerante, para paseos a la entrada del sol. Ofrecemos referencias. Las solicitaremos oportunamente.

CASILLA DE CORREO 990. - CAPITAL

Ediciones
Argentinas

TOR

DE LA MAQUINA AL LECTOR

Florida 281
U. T. 33 - 6635

TEATRO PARA LEER

Internado de señoritas. Realista, por Cristina Winaloe.
Carina. Obra prohibida, por F. Crommelyunk.
Odio. Drama brutal, por Leonidas Barletta.
Ligados. Trágica pasión de amor, por Eugenio O'Neill.
Los muertos, por F. Sánchez.
Contiene, además, Barranca abajo, Nuestros hijos y La gringa. Teatro realista.
Cuando se es alguien, por Luis Pirandello.
El rosa de las rutias. Poema, por Belisario Roldán.
M'hijo el doctor, por F. Sánchez.
Contiene además, Nuestros hijos, Barranca abajo y La gringa. Teatro realista.
Raro interludio, por Eugenio O'Neill.

COLECCION COMETA

45 días y 30 marineros, por Norah Lange.
La vida. Cuentos, por Leonidas Barletta.
Pólicia intelectual. Críticas, por Ramón Doll.
¡Quiero trabajo! Novela, por María Luisa Carnelli.
La mocha verde. Cuentos, por Nicolás Olivari.
El libro de las tres manzanas. Ensayos de Pablo Rojas Paz.
Diez adolescentes. Novela, por González Trillo y Ortiz Echagüe.
Muerte del hijo. Novela, por A. Cerretani.
La o es redonda, por Alvaro Yangua.
El río. Narraciones, por F. Estrella Gutiérrez.

LECTURAS SELECTAS

María, por Jorge Isaacs.
Milongas clásicas, por Almafuerte.
La biblia gaucha, por Javier de Viana.
Elsa Lynch, por H. F. Varela.
Naranjo en flor, por J. de Matutana.
Amalia, por José Mármol.
La loca de la guardia, por V. F. López.
Mis montañas, por J. V. González.
Fausto, por E. del Campo.
Rosas, por F. Barbard.
Martín Fierro, por J. Hernández.
Soledad. Novela, por Bené Miró.
Factos de sangre, por M. M. Nieves.
Degüello de inocentes, por M. M. Nieves.

GRANDES

BIOGRAFIAS

Nietzsche, por Jorge Branda.
Alfredo de Vigny, por Anatole Francé.
Dickens, por G. Chesterton.
Lord Byron, por Jorge Branda.
Henrik Ibsen, por Jorge Branda.
El libro de mi vida, por Condessa Noailles.
Freud, por Stefan Zweig.
Ricardo Palma, por Angélica Palma.
EN PRENSA
Vida de fray Mamerto Esquiá, por Manuel Galves.
Monteagudo, por M. Soto Hall.

LAS GRANDES OBRAS

Las veleidades de la fortuna, por Pio Baroja.
Los que tenemos doce años, por E. Glaeser.
Cuentos de la montaña, por Rudyard Kipling.
El libro de los sonetos. Antología. Desolación, por Gabriela Mistral.
En voz baja, por Amado Nervo.
Plenitud, por Amado Nervo.
La casa de la Troya, por A. Pérez Lugín.
Sin novedad en el frente, por E. Remarque.
De regreso, por E. Remarque.
La virgine, por J. B. Rivero.
Vida de las abejas, por M. MacGillivray.
Jardín de Epicuro, por Anatole France.
Tú eres la paz, por Martínez Sierra.
Figuras simbólicas, por Keyserling.
Marianela, por B. Pérez Galdós.

COLECCION WALLACE

El carrerista. Actualidad. 7
Máscara Blanca. Gran éxito.
El campanero. Misterioso.
La casa del terror. Policial.
La cameralada cuadrada. Crimen.
La puerta del traidor andaz. Espionaje.
El círculo rojo. Trágica.
El abato negro. Emocionante.
La puerta de las siete llaves. Aventuras.
Los cuatro hombres justos. Justicia legal.
El vagabundo aristocrático. Amor e intriga.

4 tomos
por \$ 3

80
CTS.

cada
tomo